



VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Realizamos las primeras entrevistas con Lombardo en su hermosa residencia tipo montaña suiza que él y su esposa diseñaron y decoraron personalmente en un estilo que combinaba líneas sencillas y gusto refinado. Dos faisanes disecados a cada lado de una impresionante chimenea de piedra revelaban afición a la caza. Recordamos también algunos cuadros de tapicería con motivos alpinos que colgaban en lo alto de la pared frontal a la escalinata de la sala.

Durante nuestros primeros encuentros el aspecto de Lombardo era duro, aunque siempre correcto. Cuando aún no nos conocía muy bien, reaccionaba con suspicacia ante la presencia de la grabadora durante nuestras entrevistas. Lo rodeaba siempre un grupo de personas atentas a acatar con reverencia cualquier deseo del maestro. De tal manera, ordenaba a su secretaria que tomara notas en taquigrafía, a la vez que dos ayudantes grababan simultáneamente la conversación en sendas grabadoras.

Por consiguiente, al sentarse a la cabecera de la mesa para iniciar las entrevistas, había ante él tres micrófonos. Recordamos la presencia de una de sus hijas en algunas de las primeras entrevistas.

Era un hombre de extraordinaria puntualidad y disciplina, que se movía rápidamente, fumaba tabaco fuerte mientras conversaba, y perdía la paciencia si los ayudantes que le rodeaban procedían con falta de eficiencia o seriedad. Nos mostró su agenda del día, en la que llevaba estrictamente programadas todas sus actividades, como: "9:05 Entrevista con los Wilkie".

A veces reaccionaba con irritación a las preguntas, poniéndose súbitamente de pie y paseándose alrededor de la mesa. Al principio pensamos que era seña que podría cortar las entrevistas; al parecer no era más que una válvula de escape a la tensión, antes de concentrarse nuevamente en el tema que discurría.

En una ocasión, alguna pregunta nuestra lo molestó a tal punto que tuvimos la impresión de que suspendería la sesión, y con ella, el proyecto de registrar su historia oral. Por fortuna, Lombardo dominó su enojo y proseguimos. Acaso concluyó que no valía la pena interrumpir la exposición de su pensamiento por una reacción emocional, o consideró que ninguna entrevista anterior había inquirido por la trayectoria de su vida y sus opiniones con el orden que lo hacíamos.

Emitía opiniones categóricas sobre cualquier tema y siempre tenía algo interesante que decir. En las entrevistas posteriores cambió de actitud: aban-

donó la suspicacia inicial y nos recibía con agrado. Tal vez le satisfacía la forma en que expresaba sus ideas si debatía la opinión de su interlocutor. Dejó de importarle que sus ayudantes no estuvieran listos a las nueve y cinco en punto de la mañana para tomar nota y grabar, y procedía sin ellos. Pronto los eliminó enteramente.

Entrevistamos a Lombardo durante la época en que le interesaba vivamente la designación de los primeros “diputados de Partido”, concesión que el gobierno acababa de otorgar a su Partido Popular Socialista.

Años después, cuando volvimos a México para entrevistarlo, nos recibió en su nueva residencia, una amplia y funcional casa de estilo moderno. En esa ocasión mostró gran gusto al vernos y nos invitó a desayunar.

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO,*
TEÓRICO Y MILITANTE MARXISTA

Apuntes autobiográficos y acerca de la Revolución.—La Constitución de 1917, la democracia y América Latina.—Cómo se hizo obrerista y sus primeros encuentros con Marx.—Director de la Preparatoria y después gobernador de Puebla.—Opiniones y datos políticos en relación con la década de 1920.—El sexenio de los tres presidentes: Portes Gil, Ortiz Rubio y Rodríguez.—Los comienzos del gobierno del general Lázaro Cárdenas.—Aspectos autobiográficos e ideológicos.—Ideas fundamentales y acción obrerista.—Se conversa sobre las huelgas en México.—Discusiones sobre asuntos sindicales y políticos durante el régimen cardenista.—El general Manuel Ávila Camacho y las reformas al artículo tercero constitucional.—Los cristeros, el sinarquismo y la Reforma Agraria.—El entrevistado opina sobre distintas personalidades mexicanas: Garrido Canabal, Saturnino Cedillo, Manuel y Maximino Ávila Camacho, Manuel Gómez Morín, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera.—La Confederación de Trabajadores de América Latina y la Organización Regional Interamericana de Trabajadores.—Se conversa sobre la CTM y acerca del gobierno del licenciado Miguel Alemán.—Las elecciones presidenciales de 1952 y otra vez se habla del gobierno de Alemán.—Se discute sobre problemas económicos y sociales.—Se informa del nacimiento del Partido Popular y posteriormente acerca de su transformación en el Partido Popular Socialista.—Lombardo opina sobre asuntos nacionales e internacionales.—Las elecciones en México y la reelección del Poder Legislativo.—La Unión Soviética, China y temas diversos.

* Falleció el día 16 de noviembre de 1968.

APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS Y ACERCA DE LA REVOLUCIÓN

6 de mayo de 1964

James W. Wilkie (JW):

Licenciado Lombardo: quisiéramos comenzar por hablar de sus memorias de niño, de cuándo y dónde nació y lo que pueda decirnos de su familia y de sus recuerdos de esos años.

Vicente Lombardo Toledano (VLT):

Nací el 16 de julio de 1894 en un pueblo llamado Teziutlán, abreviatura de la palabra teziuyutepezintlancingo, que quiere decir, en la lengua náhuatl, "Lugar en donde cae granizo". Esa población fue fundada por los españoles en el siglo XVIII, y está enclavada en una región densamente poblada por varios grupos indígenas que hablan sus propias lenguas: el otomí en el norte, el totonaca, el olmeca-mexicano y el náhuatl. De niño aprendí el olmeca-mexicano; pero aunque lo entiendo todavía no lo hablo bien por falta de práctica.

Mis padres fueron Vicente Lombardo Carpio e Isabel Toledano Toledano. Mi abuelo paterno fue italiano, Vincenzo Lombardo Catti, piamontés, que vino a México en la segunda mitad del siglo XIX, junto con otros jóvenes del norte de Italia, en virtud de un contrato, para enseñar en México pequeñas industrias agrícolas; pero al llegar a Veracruz se encontró con la noticia de que el presidente Juárez estaba refugiado en el puerto. Los jóvenes italianos se presentaron ante el Presidente mostrando su contrato. Juárez les dijo que era imposible cumplirlo, porque el país estaba invadido por las tropas francesas y él estaba ocupado exclusivamente en la liberación de la patria.

La mayoría de los jóvenes italianos regresaron a su país; pero mi abuelo le pidió a Juárez que le permitiera quedarse en México. Juárez le dijo que podría hacerlo a su riesgo. Mi abuelo insistió en quedarse porque era garibaldino, partidario de Giuseppe Garibaldi y Juárez era un liberal, el hombre de la Reforma. Se quedó mi abuelo y poco tiempo después se embarcó

en un pequeño buque y entró por la barra de Tecolutla. Le gustó aquel lugar y empezó a construir una población nueva que hoy se llama Gutiérrez Zamora y que es muy rica porque hay muchos frutos tropicales de gran valor y porque es, en la actualidad, una zona importante del petróleo.

Casó mi abuelo con una mestiza de raza totonaca, nacida en el estado de Hidalgo. De ellos nacieron mis tíos y mi padre y allí vivieron hasta que, llegados a cierta edad, el abuelo consideró que era necesario llevar a la familia a un lugar donde pudieran educarse los hijos. Así llegaron a Teziutlán. Mi padre casó con una joven del pueblo, probablemente de antecedentes sefarditas. En cuanto a sus ascendientes directos he encontrado documentos originales de un sacerdote apellidado Toledano que, siendo muy joven, solicitó al obispo de Puebla que se abriera a oposición la cátedra de teología para presentar examen y optar por ella. De tal suerte que, desde el punto de vista racial o biológico, yo soy una mezcla de diversos factores: italianos, españoles e indígenas.

Nací en el pueblo de Teziutlán. Allí aprendí las primeras letras con una tía de mi madre que me enseñó a leer en el *Silabario de San Miguel*. En aquella época el *Silabario* era el instrumento tradicional para enseñar las primeras letras a los niños. La tía no era profesora; pero quiso enseñarme. Yo asistía a su casa todos los días; no me admitían aún en la escuela primaria, porque yo era demasiado pequeño. Más tarde, cuando cumplí los seis años, ingresé en la escuela primaria que se llamaba "Liceo Teziuteco". Era un plantel de tipo nuevo. Su fundador y director era el profesor Antonio Audirac, de origen francés. Fue discípulo del educador suizo Enrique Rébsamen, quien había fundado la escuela nueva en la ciudad de Jalapa, Veracruz. El profesor Audirac, en cuanto terminó sus estudios, fue a Teziutlán y estableció su colegio. Ahí estudié los años de la primaria sin ningún esfuerzo y sin tener ninguna idea respecto de mi futuro.

Mi padre era un hombre rico. Trabajó como comisionista y agente de seguros. Era lo que se llamaba un comerciante en grande. Vendía productos del petróleo en toda la Sierra de Puebla y en la costa de Veracruz, y tenía otras actividades mercantiles. Mi abuelo, en cuanto llegó a Teziutlán —él había concluido el bachillerato en la ciudad de Torino y ponía gran interés en el estudio constante del país que ya era el suyo—, descubrió unas minas muy ricas de cobre a unas cuantas leguas del pueblo. Después de algunos años de esfuerzos para formar una empresa, empezó a explotarse la mina y también se convirtió en un hombre rico.

Una vez que concluí los estudios elementales mi padre me llamó un día y me dijo: "tienes que ir a la ciudad de México, porque aquí no hay ninguna escuela en la que puedas continuar estudiando". Y me trajeron a la capital, a

un internado que había abierto el gobierno. Se llamaba Internado Nacional, y servía para dar alojamiento a los estudiantes de la provincia. Llegué a México en 1909, no recuerdo el mes. Entonces me quedé aquí, sin amigos y sin relaciones, y opté por estudiar la preparatoria, o sea el bachillerato.

En el Internado Nacional había sólo dos años para el estudio de la preparatoria. A partir del tercero había que pasar al edificio de la calle de San Ildefonso en donde estaba la Escuela Nacional Preparatoria; en aquel tiempo tenía un plan de estudios de cinco años, iguales para todos los que después optarían por alguna carrera o profesión.

Esos años fueron para mí decisivos en mi vida, porque empecé a descubrir cosas que ignoraba. Mi vida de niño fue una vida de niño feliz, sin preocupaciones, sin privaciones de ninguna clase, dedicado a la escuela y, al mismo tiempo, al campo. Mi padre era un hombre muy amante de la naturaleza; le gustaba mucho la cacería. Como era rico tenía caballos y perros que importaba de los Estados Unidos; yo participaba, naturalmente, de sus aficiones. Los jueves en la tarde yo tenía permiso del director del colegio para faltar a las clases, y me iba solo al campo con uno o dos perros a cazar conejos, zorras, coyotes y aves; los sábados en la tarde y los domingos íbamos ya todos, a caballo, con la jauría, para cazar venados, jabalíes y otros animales de caza mayor.

Así que cuando llegué a la ciudad de México extrañé todo eso, porque era totalmente distinto al ambiente en el que yo había vivido. El valle de México era hermoso en tiempo de lluvias; seco y polvoso durante el resto del año. Sin vegetación, en tanto que la Sierra de Puebla es un verdadero paraíso. La población de la capital me parecía también rara y extraña, pues estaba acostumbrado a la población indígena. No tenía idea de muchas cosas de que la ciudad de México disfrutaba, ni de los coches de caballos, ni de los automóviles que entonces comenzaron a aparecer.

Empecé, pues, a descubrir el mundo. Y el primer descubrimiento fue el de que había estallado la Revolución. Recuerdo muy bien que un compañero nuestro, no era interno sino medio interno, llegó con una extra del periódico *El Imparcial*, que tenía en la primera plana con letras grandes, rojas, este título: "Estalló la revolución en Puebla". Ese periódico era del día 21 de noviembre de 1910. Entonces pregunté qué cosa era la Revolución. No sabía yo nada del gobierno, de la situación del pueblo, de lo que era México en aquella época, porque, metido en la sierra y llevando la vida de niño que acabo de pintar, era natural que yo careciera de preocupaciones y de interés por investigar qué cosa era mi país.

De esta manera y de un modo súbito se descorrió para mí el misterio de lo que era México. Yo soy, por tanto, un hombre que empieza a pensar en su

patria justamente el día en que estalla la Revolución. Mi padre vino del pueblo a verme inmediatamente, considerando que yo debía estar preocupado. El movimiento de Aquiles Serdán fue sofocado por las tropas de Porfirio Díaz y hubo unos meses en los que parecía que todo había concluido. La paz no se volvió a alterar; pero estaba hirviendo ya el movimiento revolucionario.

Mi padre me explicó lo que era el régimen de Porfirio Díaz, y yo oía y observaba con gran interés todo, porque me parecía una narración fantástica y dramática lo que me rodeaba. Mi padre me dijo que Porfirio Díaz era un dictador, que el pueblo vivía en la mayor de las miserias, que no existían libertades, que no había partidos políticos, que no se podía escribir lo que uno pensaba. Y me hizo la descripción de la situación social, política y, sobre todo, la situación económica de México. Me dijo: "si estalla la Revolución vendré por ti, porque no sería posible que tú quedaras solo en la ciudad de México".

En aquel tiempo en las escuelas había premios que se otorgaban a los alumnos más estudiosos. El director del Internado Nacional me llamó, cuando concluí el primer año de preparatoria, y me dijo: señor Lombardo, tengo el gusto de comunicarle que usted ha sacado el primer lugar en el primer año de estudios, y se va a preparar porque iremos a que usted reciba el premio de manos del Presidente de la República, junto con otros estudiantes. Llegado el día fuimos. La ceremonia se llevó a cabo en el Teatro Arbeu. La recuerdo muy bien porque la fiesta me produjo una impresión imborrable. El teatro estaba profusamente adornado de flores. En la calle, en dos filas, estaba la guardia presidencial: los jinetes muy bien vestidos, todos seleccionados por su figura, con cascos impresionantes, que remataban penachos estilo alemán. Se anunció la llegada del Presidente de la República y se presentó el viejo Porfirio Díaz con todo el gabinete presidencial. Ahí conocí a todos: a don Justo Sierra, que era el ministro de Instrucción Pública, y a los demás colaboradores del general Díaz. Yo veía y observaba con gran interés personaje por personaje. Casi de todos ya había oído hablar. Tenía entonces 16 años. Pasaron lista. Cuando se escuchó mi nombre me dijo el director: suba. Entonces subí, un poco cohibido. Recibí un documento del Presidente, me dio la mano y me dijo: lo felicito joven, trabaje usted por la patria. Después me regalaron una colección de libros.

Así tuve la primera impresión de lo que era el gobierno de mi patria. Después estalló la Revolución. Francisco I. Madero recorría el territorio nacional, hablando de la necesidad del respeto al sufragio, de la vida democrática, sin la cual no era posible que México progresara. Un hecho curioso y muy interesante desde el punto de vista histórico es este: uno de mis compañeros en el Internado Nacional era hermano de Francisco I. Madero, Carlos Madero, y yo le pregunté: "Oye Carlos, ¿y tu hermano Francisco?" "Está loco

—me dijo— no le hagas caso. En la familia nadie le hace caso, es un chiflado”. Sin embargo, mi padre me decía lo contrario: “No, no está loco, este hombre ha sabido interpretar la situación del país y los deseos del pueblo mexicano de un cambio profundo en la situación”.

Entonces empecé a ahondar en el conocimiento de México, ya en los días en los que la Revolución se había desbordado como un río incontenible. Vi entrar a Madero victorioso después de que Porfirio Díaz salió de México. Venía como un héroe. El pueblo de la capital lo recibió con aclamaciones enormes. Me causó buena impresión. Era un hombre bajo de estatura, amable, risueño, de modales suaves; pero tenía en sus ojos una expresión como de iluminado, como de individuo que estaba viendo para el futuro y no para el presente.

La oposición contra Madero fue feroz, porque Porfirio Díaz se había ido; pero todo su régimen estaba íntegro. El Presidente provisional, Francisco León de la Barra, era el representativo del sistema de la vida social que prevalecía. Sus colaboradores también. Y, sobre todo, estaba intacto el ejército federal.

Francisco I. Madero fue electo Presidente de la República y comenzó a gobernar. A lo largo del país empezó a cambiar la situación. Las autoridades porfiristas huyeron o fueron fusiladas algunas de ellas. Recuerdo que en mi pueblo natal, y así fue en otras partes, se instaló un tribunal político que se llamaba, como en la Revolución Francesa, el Comité de Salud Pública. Lo formaron en su mayoría obreros dedicados a hacer puros de tabaco, dos o tres artesanos y algunos comerciantes en pequeño. Este tribunal político llamó a los ricos para juzgarlos, sobre todo a los terratenientes. La mayoría de ellos eran españoles y habían acaparado extensiones enormes de tierra, robándoselas a los indígenas. Eran insaciables. Había uno, Manuel Zorrilla, que tenía propiedades que comenzaban en Teziutlán y terminaban a la orilla del mar. Al principio, cuando los ricos fueron convocados por el Comité de Salud Pública se rieron, porque eran sus asalariados los que los llamaban a cuentas; pero cuando vieron que la cosa iba en serio, que podían cortarles la cabeza, se apoderó de ellos el pánico. Entonces comenzó la Revolución para todos, no en su sentido armado, sino mental, ideológico y moral.

Mi padre quería ya venir a México con la familia; pero estaba apenas examinando la capital para construir una casa. En una de sus ausencias llegaron los representantes de la Revolución a mi pueblo. Uno de ellos era un señor Álvarez, secretario de Madero; otro, un hermano de Luis Cabrera; otro más, un hermano de Antonio Díaz Soto y Gama. Ordenaron que se echaran al vuelo las campanas de la iglesia, y mandaron a todos los policías que convocaran al vecindario y se reuniera en el atrio de la parroquia. Una vez

que el pueblo se congregó, uno de ellos hizo uso de la palabra, y dijo que habían ido allí para pedirle al pueblo que eligiera su diputado, que iba a cambiar la situación de México de un modo radical, y que había llegado el momento de que, por primera vez, después de muchos años, hubiera un Congreso, un Poder Legislativo representativo verdadero del pueblo mexicano. E invitó a todos los que estaban allí a que presentaran candidatos para su diputado. Un obrero fue a la tribuna y dijo: "Yo propongo al señor Vicente Lombardo para diputado al Congreso de la Unión". Después un artesano se levantó y dijo: "Yo respaldo la proposición". Otros más desfilaron por la tribuna con la misma idea. Pero los comisionados del gobierno revolucionario dijeron: "Muy bien, hay una proposición, necesitamos más". El pueblo dijo: "No, ninguna otra, basta con esa". Y así fue electo mi padre diputado al Congreso de la nación. Por cierto que no estaba en el pueblo cuando ocurrió su elección. Al regresar y enterarse de lo ocurrido se puso muy disgustado y dijo: "Yo no me meto en política, soy un hombre de trabajo y no deseo participar en la vida pública, no tengo ninguna experiencia". Entonces vino a la capital, protestó como diputado y dejó a su suplente, al señor Álvarez que era, como dije, un hombre muy allegado a Madero.

Empecé a darme cuenta de los problemas concretos del país. En eso se levantó el ejército federal contra el Presidente de la República, y comenzó lo que se llama en la historia contemporánea de México la "Decena Trágica". Acuartelados en la Ciudadela, los federales comenzaron a atacar el Palacio Nacional. El presidente Madero había dejado el Castillo de Chapultepec y se encontraba ya en el Palacio. La situación era muy confusa para quienes no veíamos con claridad las cosas, sobre todo para los jóvenes como yo. Teníamos idea general de lo que ocurría; pero no habíamos penetrado suficientemente en el examen de las cuestiones. Algunos de mis compañeros de escuela, cuyos padres vivían en la capital, nos explicaban lo que ocurría.

Entonces nos dimos cuenta de que era un golpe de Estado contra el Presidente Constitucional. Empezó a circular la versión de que el embajador de los Estados Unidos era el autor de todo. Esa noticia nos llenó todavía más de intranquilidad a los jóvenes, porque no comprendíamos cómo un gobierno extranjero podía intervenir en la vida interior de México. Pero el gobierno publicó boletines informativos, y fue perfilándose la personalidad de Henry Lane Wilson, que era el embajador.

La ciudad dejó de recibir víveres durante esos días difíciles. La gente comía lo que encontraba. Se acabaron los gatos en la ciudad, se comieron hasta los perros. La situación era grave. Yo estaba aquí, en la colonia San Rafael, en donde mi padre ya había construido una casa; pero la familia se fue a Teziutlán. Poco tiempo después me tendría que ir a la sierra.

Por último, y con gran alarma de todo el pueblo, supimos que el Presidente de la República, Francisco I. Madero, y el Vicepresidente, José María Pino Suárez, habían sido asesinados. Mi padre me dijo: "Ahora va a comenzar la Revolución de verdad". Y en efecto, comenzó la Revolución.

Porque la victoria de Madero fue una victoria política; pero después de que fue sacrificado, el pueblo se levantó en armas. Por dondequiera brotaban los revolucionarios, mal armados en su gran mayoría.

Yo recuerdo a los indígenas de la sierra: tenían escopetas de un cañón que se atacaba por la boca. Eran fusiles primitivos; pero con ellos peleaban. Había en Teziutlán una guarnición de las tropas federales muy bien equipadas y dirigidas; pero los indígenas eran miles y rodearon el pueblo hasta que los federales huyeron. Entonces entraron los revolucionarios. Todos ellos eran ciudadanos que se habían improvisado soldados: artesanos, pequeños propietarios y comerciantes y la masa indígena.

Pasado ese momento regresamos a México; mi padre no quería ausentarse de la capital. Los trenes estaban interrumpidos. Recuerdo que mi padre consiguió una diligencia, quién sabe en dónde, de las antiguas diligencias que se usaron en México, tiradas por caballos. En ella viajaban mi madre y mis hermanas. Mi padre, mis hermanos y yo, formamos una escolta de 20 o 30 a caballo, todos armados, para llegar a un lugar que se llama San Marcos. Ahí tomaríamos el tren de Veracruz, porque el ferrocarril de Teziutlán a la Mesa Central estaba interrumpido.

Llegamos a México y en eso se supo que habían desembarcado las tropas norteamericanas en Veracruz. Huerta era el jefe del gobierno de facto y tenía un gabinete de acuerdo con su pensamiento y con sus ideas conservadoras. El ministro de Instrucción Pública era Nemesio García Naranjo, y el subsecretario Rubén Valenti. Los estudiantes de la Universidad fuimos en masa al Ministerio a pedir armas y explicaciones. El subsecretario nos arengó y nos dijo que la patria estaba en peligro. En todas las escuelas surgieron los grupos de estudiantes pidiendo armas. Yo fui, con mis compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria, a solicitar armas para combatir a los norteamericanos en Veracruz. Inmediatamente se enviaron oficiales a las escuelas para organizarnos militarmente. Yo fui sargento por mis buenas calificaciones. Siempre obtuve el primer premio en mis estudios, durante toda la carrera. Alfonso Caso, el actual director del Instituto Nacional Indigenista, era sargento también, y no recuerdo quiénes más; pero éramos cuatro o cinco. Nos uniformaron y estábamos listos en unos cuantos días. En eso llegó mi padre de la sierra y me dijo: "No, el bandido de Victoriano Huerta no quiere que vayan a pelear contra los norteamerica-

nos; quiere que vayan a pelear contra Villa, es un traidor, y tú te regresas a Teziutlán”.

Yo no entendía muy bien la situación; pero mi padre me explicó lo que ocurría. Me dijo: “La Revolución tiene que continuar hasta que el ejército de Porfirio Díaz quede aniquilado, de otro modo no puede haber ninguna victoria estable”. Me indigné; pero me dijo mi padre: “No vayas ya a la escuela”. Le contesté: “Tengo que ir por mis papeles, por mis libros”. “Bien, dijo, vas; pero te regresas inmediatamente, aquí te espero”. Llegué a la Escuela Nacional Preparatoria. Busqué a mis compañeros. Acababan de entrar a la clase de biología. Al pasar por el corredor del primer piso que daba al patio central del edificio, vi abajo a unos jefes y oficiales del estado mayor de la Secretaría de Guerra, con uniforme de gala, que estaban hablando a los estudiantes. Me dio tal disgusto que, como decían las viejas de mi tierra, me tentó el demonio: había ahí un cubo de agua sucia que no recogían aún después de la limpieza de los corredores, lo empujé con el pie y les cayó el agua sucia a los militares. Se provocó un escándalo espantoso. Llegué a la clase todo exaltado, con algunos de mis compañeros que se habían retrasado como yo. Al minuto entró el director, lívido de ira y dijo al maestro, que se llamaba Alfonso Herrera: “Señor, se ha cometido un atentado muy grave; alguno de los que están aquí echó agua sucia a los jefes del ejército que están organizando a los estudiantes, y ese individuo tiene que ser castigado de una manera ejemplar. ¿Quién de ustedes echó el agua?” Silencio. “Tengan el valor civil de decirlo, para evitar que todos sean castigados!” Silencio. Entonces el director me dijo: “Señor Lombardo, ¿quién fue?” Respondí: “Lo ignoro”. “Señor Terrés —hijo del doctor José Terrés, un alumno distinguido como yo— usted debe saber”. Recuerdo que Octavio se puso rojo y luego pálido. Contestó: “Lo ignoro maestro”. Y así preguntó a otros más; pero no logró nada. Se retiró el director y me mandó llamar a su oficina para interrogarme a solas. “¡Usted debe saber quién fue!” “No señor, no lo sé, y si lo supiera no lo diría”. Entonces me dijo: “Le doy de plazo hasta mañana para que recapacite; de otro modo no sólo será expulsado, sino que lo entregaré a las autoridades militares”. Me fui a mi casa, le conté a mi padre lo que había ocurrido y se puso muy enojado conmigo: “ahora mismo te vas a la estación del ferrocarril, te esperas hasta que salga el tren, ponte un sarape y yo te alcanzo en la sierra”. Me fui. Llegué afortunadamente sin ningún obstáculo a Teziutlán y ahí me quedé.

La Revolución continuó. Empezamos a recibir noticias de los acontecimientos de todos lados. En el norte de la República se formaron las guerrillas más numerosas y fuertes. Así como en el siglo XIX, durante la Revolución de Independencia, las principales guerrillas se formaron en el sur del

país, a mediados del siglo se organizaban ya en el norte, por la proximidad con los Estados Unidos, en donde se compraban las armas y el parque. Había surgido, además, un movimiento por la tierra en el sur, que encabezaban Emiliano Zapata y sus compañeros de lucha.

El país entró en la etapa de las facciones revolucionarias, todas peleando contra el ejército federal; pero con discrepancias políticas. Meditando en esa etapa yo no comparto la idea de algunos historiadores, que dicen que los villistas, los carrancistas, los zapatistas y otros grupos luchaban sólo por el poder. No es verdad. Todos combatían contra el ejército de Porfirio Díaz; pero tenían una idea diferente de lo que debía hacerse en México, porque las condiciones sociales no eran exactamente las mismas en el norte, en el centro o en el sureste de la República. Era natural, por tanto, que los caudillos, los jefes de los grupos, trataran de llegar al poder para imponer sus ideas y realizar sus planes de gobierno, aun cuando todos eran aliados.

Se ha acusado a Francisco I. Madero de ser el autor de la división del movimiento revolucionario, porque no entendió a Emiliano Zapata. Yo no comparto esa opinión. La falla de Madero consistió en que no tomó medidas para llevar a la práctica, inmediatamente, una serie de normas nuevas que advirtieran que iba a comenzar un cambio en la estructura económica de México. Pero Madero no era un enemigo de la Reforma Agraria, ni era tampoco un latifundista de los tradicionales, como algunos han dicho. Madero era un agricultor con mentalidad burguesa, enemigo del latifundismo, de las haciendas tradicionales, basadas en relaciones de producción semejantes a la esclavitud. Había estudiado en Francia y había leído mucho. Tenía una finca en San Pedro de las Colonias, del estado de Coahuila. Ahí trató de implantar sus ideas respecto de la producción agrícola y de las relaciones justas con los trabajadores. Además era un hombre que tenía planes para el desarrollo de la industria. Para su tiempo era un rancharo progresista como don Venustiano Carranza, partidario también de la Reforma Agraria, y relacionado con los industriales y los banqueros mexicanos.

Es necesario, para poder entender a los personajes principales de la Revolución en aquellos primeros años, darse cuenta de las clases sociales y de los antagonismos que entre ellas se habían establecido. Para mí, había las siguientes principales contradicciones sociales: la de la gran masa de los peones, casi esclavos, con los hacendados; la de los pequeños propietarios agrícolas con los hacendados; la de los rancheros de mentalidad burguesa con los hacendados; la de los escasos industriales mexicanos con los hacendados. ¿Por qué este denominador común? Porque el latifundismo hacía

imposible el nacimiento de un mercado nacional; porque el latifundismo hacía imposible el cultivo o la explotación de toda la tierra de las grandes haciendas, y porque el pago a los peones no era siquiera pago en dinero, sino en mercancías y, consecuentemente, la gran mayoría de la población activa de México no tenía poder de compra.

Era natural, en consecuencia, que los que pensaban en el desarrollo de las fuerzas productivas, tanto en el campo como en la ciudad, en la industria, se levantara contra el régimen, contra la estructura latifundista, para hacer posible el desarrollo económico de México y, consiguientemente, para que sus negocios prosperaran, aparte de las razones humanas profundas que existían.

En esa gran contradicción entre muchos sectores sociales y el latifundismo, hay que ver el motor y el éxito final de la Revolución, porque se juntaron los peones acasillados de las haciendas, los rancheros de tipo nuevo, los industriales y muchos comerciantes que no podían aumentar el número de los compradores.

Había otra contradicción también entre los obreros y los patrones, los dueños de las industrias, que eran centros de producción muy atrasados todavía. Sin embargo, en 1910, el valor de la producción industrial manufacturera había llegado ya al diez por ciento del valor de la producción total del país. Este dato significa que ya había una clase social en formación, la burguesía, y también una clase social que empezaba a desarrollarse, la clase obrera. Esa segunda contradicción contó mucho en los años del movimiento armado.

Los sindicatos obreros en aquel tiempo eran anarquistas, es decir, enemigos del Estado burgués según su doctrina social; eran enemigos de la autoridad, enemigos de la ley, enemigos de la Iglesia, enemigos de la religión, y no querían participar en política. Declaraban que la Revolución era un pleito entre facciones de la burguesía, que no interesaba a la clase obrera. Pero llegó un momento en que los trabajadores se dieron cuenta de que no estaban en lo cierto sus líderes y de que había que entrar en la lucha, porque llegaban a la ciudad de México los carrancistas, los villistas, los zapatistas y otras fuerzas, y la clase obrera se encontraba sin trabajo, muchas fábricas se habían cerrado y no había alimentos. Entonces sus representantes firmaron un pacto con don Venustiano Carranza. Eran los dirigentes de la Casa del Obrero Mundial, el centro que adoctrinaba a los trabajadores en aquella época. A consecuencia de ese pacto se formaron los "batallones rojos", anarquistas; pero sólo de nombre, porque tomaron el fusil y se agregaron a las fuerzas de Carranza. De esta manera la oposición entre los obreros y los

patrones que tenían una mentalidad tan atrasada como la de los latifundistas, se resolvió también por las armas.

Había otras contradicciones más. En 1910 México era una colonia de los Estados Unidos. Las minas, las fundiciones, los ferrocarriles, pertenecían a empresas norteamericanas, y muchos negocios que impedían el desarrollo normal del país, de tal manera que la burguesía nacional, aunque incipiente, lo mismo que los hacendados de tipo nuevo, plantearon la necesidad de limitar la acción de los extranjeros en el terreno económico.

Por otro lado, los intelectuales revolucionarios, los de la oposición a Porfirio Díaz, más capaces que las grandes masas populares para examinar los problemas, eran los teóricos del movimiento renovador. Escribieron, explicaron que era indispensable un cambio radical en la situación económica, social y política, para que México aprovechara sus propios recursos naturales y humanos, liberándolos de la explotación de los extraños.

De esta suerte, las contradicciones entre los peones y los latifundistas; entre los pequeños propietarios rurales y los latifundistas; entre los rancheiros de mentalidad burguesa y los latifundistas; entre los industriales y los latifundistas, y entre los sectores nacionalistas y los capitalistas extranjeros, le dieron una fisonomía clara a la Revolución, haciendo de ella un gran movimiento popular, democrático, nacional, antifeudal, antiesclavista y antimperialista.

Yo sé que es difícil definir un movimiento político de esta trascendencia, porque no es una frase la que puede caracterizar a una fuerza como la Revolución; pero indudablemente sus aspectos principales fueron esos. Algunos han dicho que la Revolución Mexicana fue la primera gran revolución de la historia contemporánea del mundo, y que por haber estallado primero que la Revolución Socialista en octubre de 1917 en Rusia, es la nuestra una Revolución mucho más avanzada que la otra. Yo no comparto ese criterio.

La Revolución Mexicana no fue una revolución socialista, porque no se propuso remplazar la propiedad privada de los instrumentos de la producción económica por la producción socialista, y porque, además, toda revolución socialista es un movimiento que encabeza la clase trabajadora para remplazar a la burguesía en el poder. Nuestra Revolución fue una verdadera revolución porque desplazó a la clase social de los terratenientes que gobernaba, y la sustituyó por las clases y capas sociales enemigas del régimen establecido. Este hecho no desmerece de ninguna manera a la Revolución Mexicana. Fue la primera gran revolución democrática, nacional y antimperialista del siglo XX, porque la revolución democrática encabezada por el doctor Sun Yat-Sen en China, casi coetánea a la nuestra, fracasó por las condiciones internas y externas en que China vivía entonces.

LA CONSTITUCIÓN DE 1917, LA DEMOCRACIA Y AMÉRICA LATINA

JW: ¿La Revolución Mexicana es acaso igual a la norteamericana, en la que la burguesía quería liberarse de las restricciones que le había impuesto el régimen de la Colonia?

VLT: En cierta forma sí, nada más que en los Estados Unidos había ya en el siglo XVIII una burguesía industrial en el norte que luchaba contra los esclavistas del sur que impedían el desarrollo del mercado nacional para sus manufacturas. Abraham Lincoln fue el símbolo de esa lucha. En este aspecto sí coincide la norteamericana con la Revolución Mexicana; pero la nuestra fue, además de una revolución antiesclavista y antifeudal, una revolución antimperialista, en tanto que la de los Estados Unidos no podía tener ese carácter, pues liberadas políticamente las colonias anglosajonas de Inglaterra, ninguna fuerza interior intervenía en la marcha del país que estaban formando.

Por la estructura que tenía México en el siglo XIX; por la falta de caminos; por la ausencia de comunicaciones, por el carácter de autoconsumo de la producción de las haciendas, los mexicanos se ignoraban unos a otros. Era muy difícil, no digamos que las gentes que vivían en el norte pudieran venir a la capital, sino también los que vivían cerca de ella. Hay que tomar en cuenta que para ir a Querétaro, a Puebla o a Cuernavaca, había que emprender largas excursiones llenas siempre de peligros. ¿Quién viajaba? Muy pocos, los recursos del pueblo eran mínimos.

La Revolución cambió todo. Para mí, uno de los principales resultados, fuera de los económicos, que son los fundamentales, consistió en que el pueblo mexicano, por la primera vez, se conoció a sí mismo. Vinieron los indios yaquis de Sonora, los indios de la cuenca del río Mayo y del río Fuerte, con sus jefes, hasta el sur, y los indígenas de la región de Tehuantepec se organizaron y llegaron hasta el norte. Las gentes del centro, del Bajío, formaron sus guerrillas y anduvieron por todos lados. Unos y otros se descubrieron y se entendieron. El pueblo mexicano se dio cuenta entonces de que es un solo pueblo.

Por otro lado, los gobernantes de 1910 nunca pensaron en México. Vivían aquí y aunque habían amasado enormes fortunas, explotando al pueblo, tenían su cabeza puesta en el extranjero. Para ellos no eran los Estados Unidos el modelo de la civilización, sino Francia. Ésta, en muchos sentidos, era la que influía en el pensamiento de los hombres que dirigían al Estado, como José Yves Limantour, el ministro de Hacienda, jefe del grupo llamado "Los Científicos". Vivían de espaldas al pueblo, que no les importaba como meta de sus funciones.

Sí, la Revolución cambió todo. Los soldados del norte, del sur, de la costa del Atlántico y del Pacífico y del centro, todos se movilizaron. Llegó un momento en que descubrieron lo que significaba el conjunto de la sociedad mexicana, y poco a poco empezaron a darse cuenta de los grandes problemas del pueblo con una conciencia colectiva nacional que después de la Reforma se había ido extinguiendo.

Vencido el ejército federal principalmente por Francisco Villa y los revolucionarios del norte, el país entró en un periodo nuevo, el de revisión de la vida material, social y cultural. Los cimientos de la dictadura desaparecieron y empezó entonces la construcción de la nueva estructura del país y de las instituciones que deberían regir la vida del pueblo.

JW: ¿Usted cree que la Revolución no tenía sobre todo fines políticos, y que no cuentan los Flores Magón o los llamados precursores?

VLT: Precisemos. Los precursores de la Revolución fueron muchos. Es cierto que Ricardo Flores Magón tuvo una actividad muy destacada; pero no aislada de los demás. Recuerde usted que entre el Programa del Partido Liberal Mexicano de 1906 —redactado por él y un grupo de los compañeros de lucha— y las proclamas de Ricardo, antes del Programa y después de que Francisco I. Madero fue electo Presidente de la República, hay una enorme diferencia. Y esto se debe a que el documento de 1906 no fue un plan anarquista, sino un programa que tomó en cuenta las realidades de México y las soluciones posibles, aunque discutibles, para los problemas de la nación. Un estudio comparado que he intentado varias veces, y que he realizado sólo en parte, entre el Programa del Partido Liberal y la Constitución de 1917, aclara de una manera diáfana la cuestión: a esos precursores, a los autores del Programa, debe mucho la Revolución. Sin embargo, otros mexicanos habían analizado la estructura del país y habían señalado medios para resolver, sobre todo, la gran cuestión, que era el problema agrario. Andrés Molina Enríquez, por ejemplo, fue un factor muy importante en las orientaciones del movimiento revolucionario.

Cuando la Revolución entra a su etapa victoriosa, en plena lucha armada y antes de que se instale el Congreso Constituyente en Querétaro, la lucha ideológica por el estatuto futuro de la nación se encontraba ya en pleno desarrollo. ¿Qué tipo de nueva sociedad vamos a establecer? ¿Qué queremos hacer de nuestro país? Hay que examinar no sólo lo que se hizo colectivamente en Querétaro por los constituyentes. Es necesario conocer el pensamiento de cada uno de ellos, qué clase social representaban, qué corriente de opinión expresaban.

Por un lado, había un grupo de generales que querían la liquidación del latifundismo; pero que no pensaban en medidas radicales para sustituirlo.

Era la que podría llamarse la facción liberal encabezada por don Venustiano Carranza. Dentro del propio movimiento carrancista había comandantes del ejército popular que iban más adelante que su jefe, porque representaban a otra clase social diferente. A ellos pertenecían Heriberto Jara, que había sido obrero textil de la región de Orizaba, Carlos Gracidas, obrero tipógrafo, y otros más de extracción proletaria y algunos autodidactas radicales como el general Francisco J. Múgica. Estos y otros más de la clase media avanzada querían reformas además de las meramente políticas. Había diputados del sector intelectual y profesional que planteaban sus ideas socializantes, como Alfonso Cravioto. Pero todos, como asamblea popular, deseaban destruir lo que debía desaparecer del pasado y darle nuevo camino al pueblo y a la nación.

En el Congreso Constituyente estaban reunidos, pues, los delegados de las clases sociales antagónicas al porfirismo. Diferían sólo en ciertos aspectos de la vida pública futura. Y detrás de ellos los más altos jefes del ejército del pueblo, como el general Álvaro Obregón que alentó a muchos. A este respecto la discusión sobre la aportación ideológica de esos jefes es todavía, después de cincuenta años, causa de fricciones entre los supervivientes de aquella trascendental reunión.

Los que estuvieron cerca de Carranza han tratado de elevarlo al plano supremo, afirmando que pensó en todos los aspectos de la Revolución y en su proyección futura. A mi juicio eso no es exacto. Los que estuvieron del lado de Obregón, exaltan también su personalidad de una manera hiperbólica y le atribuyen el patrimonio de todas las ideas renovadoras. Los que acompañaron a Francisco Villa lo mismo, y otro tanto han hecho los admiradores de Emiliano Zapata.

La verdad no es esa. La verdad es que todas las clases sociales enemigas del régimen de Porfirio Díaz concurren para derrocarlo, liquidando al ejército profesional; pero no estaban muy seguros de todas las reivindicaciones que se habían apuntado en el curso de la lucha. Por eso el Congreso Constituyente tiene un gran valor. Fue una especie de crisol en el que se fundieron todas las opiniones de estos sectores sociales no antagónicos, sino sólo diferentes.

El mérito histórico de Carranza consiste en que, habiendo enviado el proyecto de Constitución a la Asamblea de Querétaro, que no difería mucho de la Constitución de 1857, cuando advirtió que la Revolución no podía terminar con simples cambios jurídicos y políticos, sino que era necesario transformar la estructura económica del país, se puso a la cabeza de las reformas, y ordenó a sus amigos que se hicieran abanderados de ellas.

No es posible atribuir el mérito de la Revolución ni del nuevo estatuto del país a un hombre ni a unos cuantos jefes. Todo movimiento popular profundo, como el de 1910 a 1917, es una corriente humana impetuosa que nadie puede detener, resuelta a cambiar el estado material, social, político y cultural establecido, y a remplazar a la clase que domina por otra clase social más avanzada. Cuando esto no ocurre no hay una revolución, sino una conmoción que produce cambios cuantitativos; pero nunca cambios cualitativos. *JW*: ¿Quiere decir usted que la revolución política de Madero no fue una verdadera revolución social?

VLT: Sí fue, porque él inició el movimiento; pero no creo que ningún personaje, ni Madero, ni Carranza, ni Zapata, ni Villa hayan tenido, al lanzarse a la lucha, el programa completo del movimiento revolucionario: éste nació del pueblo. Por eso digo que lo que ocurrió en Querétaro fue trascendental porque todas las ideas, todas las aspiraciones que la Revolución provocó y a las que dio forma, se fundieron ahí en un denominador común, que tuvo las siguientes características:

Primera: un cambio en el sentido de lo que es el patrimonio de la nación. La Constitución de 1917 declara que corresponden al dominio de la nación todas las riquezas naturales del territorio. Esa es la primera gran reivindicación histórica. Esta reivindicación corresponde al antagonismo del que hablé antes. Muchos intereses que se conjugaron en el interés nacional para liberar al país de la influencia extranjera. Esa es la primera reivindicación: el dominio de la nación sobre todas las riquezas físicas del país.

Segunda gran reivindicación: los latifundios deben desaparecer y debe entregarse la tierra a las comunidades campesinas que la hubieran perdido, en cualquier tiempo y por cualquier motivo, y dotarse de tierra a las comunidades agrarias que nunca hubieran tenido la tierra en propiedad.

Tercera: un nuevo concepto de lo que es la propiedad. Este es un paso revolucionario de una gran trascendencia. En el pasado la propiedad privada en México era un derecho inherente a las personas físicas; era el concepto tradicional romano de la propiedad y, posteriormente, el concepto napoleónico de la propiedad, el concepto individual de la propiedad.

La Constitución de 1917 es una de las Cartas más avanzadas de este siglo. La propiedad, dice el artículo 27 constitucional, no es un atributo congénito al individuo. Si la nación es la que tiene el dominio de todas las riquezas, la propiedad privada existe sólo porque la nación ha querido dar en concesión a los particulares el aprovechamiento de determinados recursos. En otras palabras, la propiedad privada es una concesión del Estado y no un derecho congénito a la persona humana. Este es un concepto que hay que analizar, porque es una cuestión que hoy mismo constituye uno de

los centros del debate político internacional. Hay que ver la discusión que hay, por ejemplo, entre las nuevas naciones africanas, las que acaban de obtener su independencia política, en Asia, en otras partes y en la misma América Latina.

Además de estas grandes reivindicaciones, la Constitución de 1917 reconoce la existencia de las clases sociales antagónicas y los derechos de la clase obrera que el Estado debe proteger. Y después de estos cuatro grandes principios, una serie de normas para el funcionamiento del Estado, ya no como el Estado liberal del siglo XIX, de simple observador de las transacciones de los individuos, sino como el interventor y el impulsor de las fuerzas económicas.

Algunas gentes dicen —ahora mismo en esta campaña electoral en la que estamos—, como el candidato del PAN a la Presidencia: “Que el Estado en México ha usurpado derechos que no le corresponden sino a los particulares en el campo económico”. Eso es falso. Ese señor no ha leído la Constitución de la República. Desde hace más de medio siglo el papel del Estado ha cambiado en México. No es hoy cuando ha cambiado ni es a partir de la expropiación del petróleo en 1938 ni a partir de la nacionalización de la industria eléctrica. Viene desde 1917.

Por eso digo que de la misma manera que es falso atribuirle a un solo hombre la ideología de la Revolución, la programática del movimiento popular que comenzó en 1910, sería también una equivocación suponer que una facción revolucionaria tuvo más lucidez o más previsión que otra. Yo no entiendo las cosas de ese modo. Al principio, Madero pensaba fundamentalmente en que se fuera el dictador y en que hubiera elecciones libres, creyendo que los mexicanos, una vez que tuvieran el derecho de depositar sus votos, podrían elegir a sus gobernantes, interpretando al pueblo y haciéndolo marchar hacia adelante.

JW: Pero Porfirio Díaz había llegado al gobierno con la idea de que los mexicanos no confiaban mucho en la democracia.

VLT: Esa tesis fue inventada posteriormente, cuando ya Porfirio Díaz tenía el propósito de no salir del gobierno hasta su muerte. “Todo movimiento revolucionario lleva a la dictadura y toda dictadura crea movimientos revolucionarios”.

Porfirio Díaz era un liberal y un patriota; pero cuando por ambiciones personales llegó a la Presidencia de la República, entonces sus consejeros y las clases sociales desplazadas del poder se acercaron a él y lo convirtieron en su instrumento para que mantuviera el régimen social político de toda la historia del país. Es decir, Porfirio Díaz sí comprendió bien lo que era el movimiento de la Revolución de Ayutla; sí entendió bien, como soldado, lo que era luchar contra los franceses. Pero no entendió bien lo que era Méxi-

co desde la jefatura del gobierno. Él no fue un revolucionario. Es cierto que peleó con las armas por la independencia de México; pero posteriormente se convirtió en un simple instrumento de las clases sociales dominantes. La prueba es que después de las Leyes de Reforma, en lugar de un latifundismo eclesiástico, se formó un latifundismo laico y más agudo aún que el latifundismo de la Iglesia, porque Porfirio Díaz dictó una serie de leyes. La tierra fue acaparada por nacionales y extranjeros...

JW: Y Porfirio Díaz también los dominó y aún, en este siglo, se puede debatir si hay democracia en México o no; si México necesita una mano fuerte como la de Porfirio Díaz, por ejemplo. Y Madero vino, tal vez queriendo algo imposible en esos años. Y, ¿ustedes no salieron decepcionados después de la lucha de facciones, todo ese tiempo, con esa idea de democracia?

VLT: No. En primer lugar hay que aclarar que ningún pueblo nació con una conciencia democrática. Ésta se forma con el desarrollo histórico. Si en los Estados Unidos, en lugar de haber triunfado sobre el sur, los del sur hubieran triunfado sobre el norte, la democracia norteamericana se habría retrasado mucho tiempo. Porque eran los burgueses industriales los que pensaban en la democracia y no los esclavistas del sur. Pero, ¿cómo llegaron a la democracia en Estados Unidos? Mediante las armas, mediante la derrota de los latifundistas, de los feudales.

En México también. Nada más que no tuvimos aquí una burguesía industrial cuando estalló en México la Revolución. He dicho que México era una colonia: las minas, los ferrocarriles, el petróleo, todo en manos de norteamericanos, y la industria manufacturera textil en manos de franceses y españoles. ¿Qué estaba en poder de los mexicanos? Nada absolutamente; pero eso no quiere decir que el pueblo no aspirara a la democracia.

¿Qué cosa es la democracia? La democracia no es más que el deseo de gobernarse a sí mismo. Que no hubieran entendido los mexicanos la forma electoral de votar, la forma de contar los votos, etc., es una cuestión secundaria. Lo fundamental de la democracia es la aspiración de que un pueblo se gobierne a sí mismo y por sí mismo. ¿Cómo se llega a la perfección? Mediante la educación pública, mediante la preparación política de los ciudadanos, eso es indudable.

Todavía ustedes en Estados Unidos tienen una democracia mucho muy imperfecta. ¿Por qué? Porque la mayoría de los ciudadanos norteamericanos no están afiliados a ningún partido político. Hay dos grandes maquinarias electorales, y un día un ciudadano norteamericano vota por la plataforma republicana y otro día puede votar por la del Partido Demócrata. Si la democracia es simplemente afiliación a los partidos políticos, en los Estados Unidos no hay democracia.

JW: Pero al hablar de la Revolución de Independencia de México, en los sucesos posteriores llegó un César demócrata.

VLT: ¿Cuál César demócrata?

JW: Porfirio Díaz. ¿Podemos decir que los porfiristas intentaban justificar su posición así, como todos los que llegan al poder? Querían afirmar que un solo hombre no podía representar la voluntad popular, sino varios.

VLT: Es decir, utilizan palabras para encubrir hechos contrarios a las palabras. En América Latina no ha habido democracia por una razón: porque los que gobiernan son los privilegiados, los latifundistas ante todo y la Iglesia y los agentes de las empresas extranjeras. Esos son los que gobiernan. Hay que distinguir siempre entre el gobierno de un país y el poder político de un país. En Venezuela el gobierno lo encarnaba Rómulo Betancourt; pero el poder público no estaba en manos de Rómulo Betancourt, sino de la Royal Dutch Shell, de la Standard Oil Company y del señor Rockefeller, que tenía las minas de hierro y otras muchas propiedades. Ese es el poder. Ahora bien, para que una democracia florezca y exista, es necesario que desaparezcan las trabas materiales para que ésta pueda existir. Mientras en América Latina no se acabe el latifundismo, no es posible que haya democracia, porque los generales de estos ejércitos —que nunca han peleado sino contra el pueblo— son latifundistas. ¿Cómo puede haber democracia en un país en el que la mayoría absoluta de un país pertenece a un puñado de hombres?

Tomemos un ejemplo cualquiera. La república de El Salvador. En este país son unas cuantas familias las dueñas de la tierra, las dueñas del café, de lo que vive el país. Esos miles de campesinos que viven en tierra ajena, que trabajan la tierra que no es la suya, ¿cómo van a tener el derecho de voto si el propietario no se los permite? Entonces, para que haya democracia en El Salvador, es indispensable que se acabe la concentración de la tierra, que se divida para que los ciudadanos puedan tener libertad económica y no sólo una libertad política formal...

JW: Háganos favor de hacer una comparación entre la Revolución de Independencia de 1810 hasta 1821 y la Revolución de 1910.

VLT: Es un solo movimiento. Ha habido, diría yo, para emplear un tiempo musical, tres tiempos de una sola sinfonía dramática: la Revolución de Independencia, la Revolución de Reforma y la Revolución conocida por Mexicana. No hay revoluciones separadas una de otra. Es un mismo movimiento.

Mire usted, el programa de Miguel Hidalgo y Costilla se publicó en Valladolid, lo que después se llamaría Morelia, pocos días después del 15 de septiembre de 1810. Es un documento poco estudiado por los historiadores; pero si usted examina ese programa de la Revolución de Independencia y si, además de ese documento, usted revisa nuevamente los *Sentimientos de la*

Nación de José María Morelos,¹ que sirvieron de base para la Constitución de Apatzingán, se dará cuenta de que muchas de las reivindicaciones del pueblo y de las reivindicaciones nacionales, son reivindicaciones que están a la orden del día todavía en 1964. No ha habido varios movimientos distintos. Ha habido uno solo, con etapas diferentes y, claro, con aspiraciones fundamentales que se van enriqueciendo con otras demandas, según el tiempo, la evolución histórica.

Creo por eso que la Revolución de Independencia hay que verla en su verdadero fondo. ¿Qué fue? Un escritor porfirista insospechable, Francisco Bulnes, declara en uno de sus libros que la Revolución de Independencia fue una revolución de clases, y es verdad...

JW: ¿Se puede comparar con el movimiento encabezado por Simón Bolívar en Colombia?

VLT: Nada más hay que distinguir, porque Simón Bolívar, que fue un hombre genial en muchos sentidos: en el sentido político, en el sentido militar; sin embargo, en el sentido social no era un Hidalgo ni era un Morelos. Los nuestros estaban más adelante. No olvide usted que Bolívar se puso de acuerdo con los españoles con el objeto de evitar que las gentes de la llanura se levantaran por las reivindicaciones populares. Bolívar era un hombre de la burguesía. En cambio, Morelos, ¿qué fue? Un mestizo, mezcla de sangre española y de indígena. Hidalgo, ¿qué era? Un criollo muy ilustrado, muy capaz, y los dos entendieron profundamente el sentido del movimiento popular que encabezaron: había que conquistar no sólo la independencia política, sino que era necesario acabar con la estructura económica y social del virreinato.

Por eso yo he afirmado siempre que no ha habido solución de continuidad en la lucha del pueblo mexicano desde 1810 hasta hoy, y es cierto. Por eso también digo que la Revolución de 1910, tomando en cuenta la experiencia de la Revolución de Reforma y sus efectos, la Revolución de Independencia y sus productos, entró de lleno a una nueva concepción de la vida mexicana, cambiando la estructura y la concepción de la propiedad. Mientras una revolución con esas características no se realice en los países de este continente, principalmente, con las peculiaridades propias de cada nación, no será posible que haya democracia en América Latina, ni será posible que ocurran movimientos como los de México.

Usted ve Guatemala, para comenzar por el vecino del sur. Cuando triunfó el doctor Arévalo democráticamente, yo estaba en Guatemala. La mayo-

¹ Véase Felipe Tena Ramírez, *Leyes fundamentales de México, 1808-1957*, México, Ed. Porrúa, 1957.

ría del pueblo lo eligió. ¿Qué se propuso? ¿Cambios radicales? No. Pequeñas transformaciones nada más, y sin embargo tuvo que deshacer más de treinta intentos de golpes de Estado en su contra. Jacobo Arbenz, electo democráticamente. Yo estuve en Guatemala también en esa época. ¿Qué se propuso Arbenz? ¿Una revolución socialista? No, una revolución burguesa, tímida, muy tímida; pero eso bastó para que perdiera el poder.

Luego Nicaragua, Honduras, El Salvador, Costa Rica. ¿Qué se han propuesto? ¿Cambios profundos? No. Modificaciones leves; pero eso ha bastado para que la fuerza dominante no haya permitido cambios democráticos.

Colombia es la Edad Media. Es el país más medieval de todo el Hemisferio Americano. La Iglesia sigue dominando ahí; es la dueña de la tierra, de las fábricas, de todo, la que regula la vida política. Y los liberales terminaron reuniéndose orgánicamente con los conservadores. Pero, ¿se ha tocado siquiera la estructura económica de Colombia? No. Mientras eso no ocurra no puede haber democracia en Colombia.

Venezuela igual. Ahí, en cierto sentido, es peor el problema, porque la mayoría de la población vive en la costa, en la capital de la República y en el Distrito Federal. El campo venezolano está vacío, comparando la densidad de la población con la extensión del territorio. Es un país que no ha vivido de la agricultura como otros muchos, es un país que ha vivido de las materias primas. Antes decía yo que el poder político lo tenía Rómulo Betancourt; pero no era el factor determinante.

Pasamos a Brasil. Brasil es una nación en formación apenas, habitado sólo en la costa y en el sur, con regiones económicamente autónomas. Para ir del Amazonas a Río de Janeiro, desde el punto de vista popular, hay que tomar un barco, pues no hay ferrocarriles. Sólo una minoría puede viajar en avión. El noroeste brasileño igual, y así los otros estados o regiones. ¿Cuáles son las fuerzas dominantes ahí? Las que tienen la tierra: los propietarios del café, los propietarios de las principales fuerzas productivas, y ya se ha demostrado en las últimas décadas que cuando estas fuerzas productivas consideran que sus intereses se ven amenazados, echan al Presidente Constitucional fácilmente. A Getulio Vargas lo mandaron a la muerte, porque él no tuvo el valor de irse y se suicidó. Janio Quadros se fue y últimamente Goulart también. ¿Cuáles son las fuerzas dominantes por ahora? Las fuerzas negativas, las que no quieren una base democrática económica. Mientras no haya cambios, no habrá democracia en Brasil.

Yo examiné con mucho interés el programa de reformas estructurales que Goulart presentó al Congreso. Es un programa muy tímido, muy débil, no entró al fondo de las cosas y sin embargo cayó.

Argentina igual. El campo argentino pertenece a un puñado de familias ricas. ¿Y Chile? Empresas extranjeras que explotan el cobre, el salitre, y así, país por país de América Latina.

JW: ¿Y los programas de Haya de la Torre?

VLT: ¿Cuáles? ¿Los de su juventud o los de su vejez? Porque Haya de la Torre dejó de ser un revolucionario hace mucho tiempo, y no vale la pena ni quiero hablar de él.

Yo digo, en resumen, que no puede haber democracia mientras los habitantes de los países latinoamericanos no tengan derecho a la vida cívica de sus países y no participen de una manera prominente en la vida material de su propia patria. Mientras esas condiciones no se den, no es posible que haya democracia, porque las fuerzas dominantes impiden las libertades individuales y se oponen a que existan fuerzas políticas que dirijan a sus países.

En México la Revolución nos costó un millón de muertos. Alguna vez me han preguntado en Europa: bueno, el pueblo mexicano tan luchador, tan valiente, ahora está tranquilo. ¿Qué pasa? Arde Cuba, arde América Central y arde América del Sur, y ustedes son una isla de paz. ¿Qué ya se les acabó el coraje y el valor? No, he dicho yo. Es que nosotros disfrutamos de una paz revolucionaria, una paz que nos costó muchos sacrificios y hemos encontrado al fin nuestro camino del desarrollo histórico. Por esa razón nosotros vivimos en paz. Nosotros ya hicimos lo que otros quieren hacer ahora, lo que apenas intentan hacer.

El caso de Cuba es diferente. El caso de Cuba es un caso de excepción, porque ahí se dieron condiciones que hicieron posible el paso de una revolución simplemente nacional y democrática a una revolución que mira al socialismo. Ese es otro problema. Pero, en última instancia, la democracia no puede existir cuando no hay cambios fundamentales en la estructura económica de países semifeudales como los de América Latina.

CÓMO SE HIZO OBRERISTA Y SUS PRIMEROS ENCUENTROS CON MARX

JW: Quisiéramos saber el papel que desempeñó en la Revolución Agustín Iturbide.

VLT: Iturbide representaba la contrarrevolución. En once años de lucha armada a veces parecía que el pueblo había sucumbido; pero se fue haciendo cada vez más poderoso y cuando los hombres de la Colonia, los usufructuarios del régimen virreinal se dieron cuenta de que estaban perdidos, entonces Iturbide se aproximó a Vicente Guerrero con el objeto de decirle que hacía la paz y que estaba de acuerdo con la Independencia de México; pero

no quería el cambio de la estructura económica y social del país. En cambio los insurgentes querían no sólo un cambio político, sino un cambio en la economía del virreinato. La prueba está que en cuanto Iturbide, al que la reacción mexicana ha querido exaltar como el realizador de la Independencia, tuvo el poder político en sus manos, transitoriamente se hizo emperador.

En México la idea de la monarquía no tenía ninguna base sobre la cual apoyarse. Todos los países americanos, desde los Estados Unidos hasta el sur, nunca tuvieron tradición monárquica. La monarquía, para nosotros los americanos, era una cosa del otro lado del océano Atlántico. Aquí había sus representantes; pero no había raíces nacionales propias para tener una monarquía.

JW: ¿Y la monarquía que tenían los indios antes?

VLT: Los indígenas se encontraban apenas en la última etapa del comunismo primitivo. Eso de decir que las tribus indígenas tenían emperadores, reyes, monarcas, y a los que rodeaban nobles, es un simple trasplante de la monarquía europea del siglo XVI, a tribus que se encontraban muy lejos de los europeos. Eso fue motivado por la ignorancia de los españoles. Cuando llegó Hernán Cortés a México y vio a Moctezuma con su penacho dijo que él era el emperador. Pero eso es falso. La monarquía es el resultado de un proceso del feudalismo, basado siempre en la propiedad privada de la tierra, y en México no existía propiedad privada de la tierra. Apenas cuando llegó Hernán Cortés se empezaban a establecer relaciones por la vía de los comerciantes, se estaba entrando a la etapa histórica de la propiedad privada; pero las tribus seguían siendo tribus que tenían como unidades los grupos integrados por personas con parentesco de la sangre.

JW: Pero si México tuvo esta independencia política, ¿la diferencia con América Latina es la Revolución de México en 1910?

VLT: No en todas partes ocurrió este fenómeno. Trescientos años de dominación española. Durante este tiempo se fueron formando las naciones latinoamericanas. Cuando llegaron los españoles no había naciones en América; había tribus, que es diferente. Entre una tribu y una nación hay muchos siglos de diferencia.

En los trescientos años de régimen colonial se fueron formando las naciones por la comunidad de territorio, por la comunidad de lengua, por la comunidad económica, por la comunidad de cultura, porque entre las tribus mexicanas, que eran alrededor de cuarenta y tantas, ni siquiera se entendían porque los idiomas eran diferentes.

Entonces la Revolución de Independencia era una revolución que surgió porque la nación mexicana ya estaba hecha, ya estaba madura. Nada en la historia es accidental. Todo obedece a leyes objetivas del desarrollo del proceso de la sociedad humana.

JW: Algunos historiadores que hoy hablan de la acción de Napoleón, dicen que por accidente Napoleón dio libertad a América Latina.

VLT: Esas son tonterías. Mire, hagamos un paréntesis, que es muy importante para ustedes. Cuando la lucha entre el norte y el sur en Estados Unidos se hallaba en su momento crítico, vinieron los franceses a México. Piense usted en este hecho y en su trascendencia. El 5 de mayo de 1862 representa una tregua de dos años en la vida interior de los Estados Unidos. Si en lugar de que los mexicanos hubieran detenido a los franceses hace un siglo, hubiera ocurrido lo contrario, las gentes del sur en los Estados Unidos habrían prevalecido sobre las del norte.² Entonces, en cierta medida, ustedes nos deben o hemos sido un factor que contribuyó a la primacía de los factores progresistas de los ciudadanos de los Estados Unidos del norte, sobre los factores regresivos del sur.

Ahora, si usted quiere, volvemos a la etapa de la Revolución de Independencia. Es el mismo proceso y llegamos a 1910. Entonces yo, de un adolescente que empieza a comprender su país, paso rápidamente a ser un hombre que se liga a la clase obrera. ¿Cómo ocurrió eso? Esto forma ya parte de mi propio ser personal. Yo estudié al mismo tiempo dos carreras en la Universidad: la de Derecho y la de Filosofía. En aquellos años —hablo de los años de 1915—, un grupo de intelectuales no ligados al porfirismo había fundado una agrupación llamada el Ateneo de México. Primero fue el Ateneo de la Juventud y después se transformó en el Ateneo de México. Fueron Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, y muchos más, los intelectuales más brillantes del país de aquel tiempo.

Entre otras cosas el Ateneo de México acordó crear la Universidad Popular Mexicana para extender la cultura a la clase trabajadora. El Ateneo se dispersó por la Revolución. La Universidad Popular abrió sus puertas; pero las cerró inmediatamente. Ya cuando la Revolución estaba a punto de concluir en su fase armada, los que fungían como directores del Ateneo me llamaron en 1917, para que yo me ocupara de la Universidad Popular Mexicana y acepté.

Entonces los que asistían a esa institución a escuchar conferencias eran obreros, y poco a poco me fui ligando a ellos. Primero transmitiéndoles conocimientos; pero como yo estudiaba la profesión de abogado, me consultaban sus asuntos de carácter económico. Así me incorporé a los sindicatos, paulati-

² El avance de los franceses sobre la ciudad de México fue detenido el 5 de mayo de 1862, evitando así su posible intervención en la guerra civil de los Estados Unidos de América a favor de los estados del sur.

namente, de tal manera que cuando terminé mis estudios de filosofía y de derecho en 1918, yo ya estaba ligado directamente a las agrupaciones obreras.

Comprendí entonces, cuando tuve ya esta clase de relaciones con los trabajadores, toda la profundidad del drama social de México. Antes, claro, había leído, había estudiado la situación; pero no de cerca.

Salí de la Universidad, presenté mi examen de licenciado en derecho, mi examen de profesor en filosofía en 1919, y entonces se me presentó una disyuntiva muy seria, la más importante de mi vida. Por un lado, mis maestros, que me estimaban, y algunos parientes míos, creyeron que yo iba a abrir un despacho de abogado y me reunieron mucho dinero para que yo defendiera una serie de clientes en todos sus negocios. En aquel tiempo el poder de compra del peso mexicano era muy grande. Entre mis parientes y mis maestros me llegaron a reunir diez mil pesos mensuales, para que yo defendiera a un conjunto de personas.

Yo vivía muy pobre: ganaba sesenta pesos mensuales, que me daban como secretario de la Universidad Popular Mexicana, y algo más que yo sacaba dando clases particulares a los estudiantes. Presentarme la oportunidad de diez mil pesos mensuales era como presentarle a un hambriento un banquete espléndidamente bien servido. Yo le confieso que durante uno o dos meses dudé mucho; era una tentación enorme, casi irresistible la fortuna que se me entregaba; pero mis ideas, mis convicciones, por otra parte, me hacían ver que no era ese el camino de mi vida. Finalmente hablé con mi padre, le expliqué mi conflicto interior y él me dijo: "hijo, yo no te puedo dar más que un consejo: nunca hagas nada en contra de tus convicciones, jamás". Entonces me sentí aliviado y resolví no ejercer la profesión de abogado por paga y dedicarme a dar clases en la Universidad y a escribir y no hacerme rico.

Una vez que tomé esa decisión ya no hubo nunca en mi vida ninguna dificultad. Ligado ya a la clase obrera desde los años 1915, 1916, 1917, 1918, cuando yo salí de la Universidad Nacional, al año siguiente —en 1920— formé el primer sindicato que hubo de profesores. Se llamaba Liga de Profesores del Distrito Federal. Así se llamaba porque había una tradición de ligas. En 1921 participé ya como delegado en la tercera gran Convención de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), que era la central obrera que había en aquella época. Entonces conocí a muchos de los dirigentes de la clase obrera, a todos los más importantes: a Felipe Carrillo Puerto, a Luis N. Morones, y a todos los que habían hecho la CROM.

Al año siguiente de haber creado la CROM, que nació en 1918, se formó el Partido Laborista Mexicano por los propios dirigentes de la CROM, a semejanza, en cierta forma, del "Labor Party" de la Gran Bretaña. Eso sirvió un poco de modelo; pero vino la crisis política. Don Venustiano Carranza,

que era el jefe del gobierno, se empeñó en imponer como Presidente de la República a un individuo desconocido, al ingeniero Ignacio Bonillas, cuya existencia se ignoraba en México completamente. Frente a Carranza estaba el general Álvaro Obregón, el vencedor de Francisco Villa, el jefe y el caudillo del ejército revolucionario.

Carranza no quería que Obregón fuera el Presidente y por eso inventó la candidatura de un individuo anónimo. Entonces el ejército se sublevó contra Carranza y, por fin, Carranza huyó de México y perdió la vida. Vino el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta y después el gobierno del general Álvaro Obregón. Para mí, a partir del gobierno de Álvaro Obregón comienza la Revolución Mexicana su etapa constructiva, después de la Constitución de 1917. Él fue un verdadero aplicador e impulsor de la Constitución. Él inició la Reforma Agraria y reconoció los derechos de la clase obrera y protegió a los trabajadores. Inició todo lo que era el sacudimiento de la estructura política, social y económica de México.

No se ha estudiado bastante la Revolución Mexicana. Nadie ha hecho ese intento. Lo publicado hasta hoy son monografías parciales, incompletas, de una etapa o de algún personaje; pero una historia con un método científico no se ha intentado todavía. Yo estoy escribiendo la historia de México. Será un volumen breve, que tendrá trescientas o cuatrocientas páginas, para difundirlo por todo el país; pero con un criterio nuevo, científico. La historia que conocemos la hicieron los conservadores o los liberales; pero ninguno de ellos utiliza un método científico. Siempre fueron las suyas apreciaciones subjetivas y, por lo tanto, parciales. Nunca estuvieron basadas en un análisis crítico de las cosas.

Esa es la causa por la cual siendo yo un intelectual y un hijo de una familia rica, me hubiera incorporado en el movimiento obrero tan temprano, desde que yo era estudiante. Pero, además, ocurrió en esos años un nuevo conflicto para mí. Yo estudié filosofía durante cinco años en la escuela que se llamaba entonces Escuela de Altos Estudios. El maestro por excelencia era don Antonio Caso, que era un partidario de la filosofía idealista, de la filosofía basada en la intuición y no en el razonamiento humano. Él había seguido fundamentalmente el pensamiento de Henri Bergson, el filósofo francés, y por sus raíces de formación social era un creyente, de tal manera que él fue nuestro preceptor, nuestro maestro, y claro que todos los estudiantes aceptamos sus enseñanzas como válidas, porque ningún estudiante puede, cuando está aprendiendo, ser superior a su maestro en la medida de sus conocimientos.

Me di cuenta de que mis ideas, de que las que yo aceptaba no estaban de acuerdo con la realidad. Entonces vino ese conflicto para mí. ¿Qué hacer?

Por ejemplo, después de explicarnos la filosofía de Kant, de Hegel, llegaba hasta los discípulos de Hegel, a Feuerbach, y decía: “el ideario contrario de Hegel está representado por Carlos Marx y Federico Engels”; pero nunca nos explicó cuál era la filosofía de los fundadores del socialismo científico.

Entonces pensé que era necesario que yo continuara estudiando. Salí de la Universidad y me puse a estudiar solo. No había en aquella época ninguna literatura en México sobre Marx, no había nada, uno que otro panfleto; el *Manifiesto Comunista*, nada más. Un día cayó en mis manos una traducción española de un libro de Engels, que no entendí porque la traducción era muy mala; pero, en fin, empecé a estudiar, hasta que en el año de 1925 fui a los Estados Unidos por primera vez, a Nueva York, a un Congreso Internacional de Ciudades. Asistí a nombre de la ciudad de México. Era entonces miembro del Ayuntamiento de la ciudad de México y eso me permitió ir a las librerías y abrir una cuenta. Gracias a eso empecé a recibir los textos de Marx, en inglés. En aquella época no dominaba el inglés. Podía traducir y hablar un poco; pero tenía muchas dificultades todavía con el idioma. Cuando recibí *El Capital* de Marx, pasé seis meses de estudio, todas las noches, tres horas diarias, con el diccionario en la mano hasta que terminé. Y fui, naturalmente, con el estudio, confrontando las nuevas ideas que yo adquiría con las que había recibido en la Universidad, y comprendí que la filosofía que yo había aceptado era falsa.

Algunos creen, y lo han dicho sin motivo ninguno, que me volví comunista de la noche a la mañana, por una cuestión de tipo político personal o algo semejante. Eso es falso. En aquella época, cuando yo me dediqué a estudiar febrilmente el marxismo, una vez se me ocurrió pensar que aquí había un Partido Comunista Mexicano (PCM), y que ahí podrían darme literatura. No lo encontré jamás. Piense usted en una cosa muy graciosa. Yo conocí al secretario general del PCM en Moscú, en el año de 1935. Me lo presentó Jorge Dimitrov, secretario general de la Internacional Comunista. Nunca lo había visto en mi país. ¿Con quién iba yo a compartir mis preocupaciones filosóficas? Con nadie. Mis compañeros de grupo se habían ido ya. Por cierto que formé un grupo en la Universidad que se llamó la Sociedad de Conferencias y Conciertos, con siete amigos, y que los estudiantes denominaron el grupo de “Los Siete Sabios”. Ese grupo estuvo integrado por Manuel Gómez Morín —el fundador del PAN después—, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Teófilo Olea y Leyva, Antonio Vázquez del Mercado, José M. Baca y yo. Éramos siete estudiantes que nos dedicábamos a estudiar fuertemente. Adquirimos prestigio, porque éramos buenos estudiantes, y porque el primer acto público de la Sociedad de Conferencias y Conciertos consistió en haber ofrecido, por vez primera, las nueve sinfonías de Beethoven,

ejecutadas por la Orquesta Sinfónica que dirigía don Julián Carrillo, a quien nosotros le propusimos que realizara ese acto de cultura.

Seguí mis estudios y poco a poco fui comprendiendo que estaba equivocado. Pasaron los años. Ya era dirigente de la central obrera CROM y miembro destacado del PLM. Fui diputado dos veces de este último, en los años veinte, exactamente en 1924. Lo recuerdo porque hoy que vuelvo a la Cámara de Diputados, en septiembre de este año, hará cuarenta años precisamente que fui miembro del parlamento como diputado de la clase obrera. Hoy vuelvo otra vez, como diputado obrero, después de casi medio siglo de lucha.

DIRECTOR DE LA PREPARATORIA Y DESPUÉS GOBERNADOR DE PUEBLA

13 de mayo de 1964

JW: En la última entrevista apenas habíamos llegado al decenio de 1920, y ahora quisiéramos hablar de sus pensamientos, sus actuaciones, su opinión sobre la historia en esa época.

VLT: El decenio de 1920 a 1930 fue decisivo en mi vida intelectual y en mi vida de militante político. En primer término porque estudié sistemáticamente la filosofía para renovar el acervo cultural que yo había recibido en la UNAM. De una manera sistemática fui remplazando mi pensamiento filosófico idealista por la doctrina del materialismo dialéctico. Pocas personas en México se enteraron de esta situación, porque cuando salimos de la Universidad mis amigos y yo, cada uno eligió una actividad distinta a la mía. Ninguno de mis viejos compañeros del grupo de "Los Siete Sabios" por aquella época tenía preocupaciones políticas. En cambio, yo las tuve, como he explicado, y no podía cambiar impresiones con ellos.

Por otra parte, sabía que existía un partido comunista en México que, naturalmente, debía inspirarse en las doctrinas de Marx, de Engels y de Lenin; pero no conocí a ninguno de los dirigentes de ese partido. Tuve, en consecuencia, que rehacer mi preparación filosófica solo. Durante esos años, además, ocurrieron una serie de hechos de gran importancia para la vida de México que me condujeron a actividades múltiples.

Cuando el general Álvaro Obregón, después de la crisis política que llevó a Venustiano Carranza hasta su sacrificio, quedó victorioso y preparaba su elección para Presidente de la República, llamó a José Vasconcelos para que se hiciera cargo de la Rectoría de la Universidad Nacional. Éste había estado ausente de México mucho tiempo, había participado en la Revolución. Él mismo ha escrito, aunque con más fantasía que realidad, su

participación en aquel tiempo; pero estaba absolutamente desconectado de la vida de México. El general Obregón lo hizo rector de la Universidad Nacional, con la mira de que se creara la Secretaría de Educación Pública. Vasconcelos llegó a México sin más ligas que las de sus viejos amigos del Ateneo de México: Antonio Caso, Alfonso Reyes y otros más. Empezó a actuar inmediatamente más que como rector como promotor de la Secretaría de Educación Pública que él habría de dirigir.

Un día recibí la invitación de Vasconcelos para conversar con él. Yo era oficial mayor del gobierno del Distrito Federal. El general Obregón había designado al general Celestino Gasca gobernador del Distrito, y Gasca, a quien conocí tanto en el seno de la CROM como en el Partido Laborista, me invitó, en febrero de 1921, para que lo ayudara a desempeñar el cargo. Me encomendó la tarea de aplicar la Reforma Agraria en México no sólo en el Distrito Federal sino en el Valle de México. Y empecé mi labor En un año di la tierra a todos los pueblos campesinos de esta región, comenzando por el ejido del pueblo de Xochimilco. Estaba dedicado, principalmente, a esa tarea —a la aplicación de la Reforma Agraria y al estudio de la legislación del trabajo— cuando Vasconcelos me pidió que fuera a colaborar con él. Me resistí al principio, porque tenía el compromiso de continuar mi trabajo en el gobierno del Distrito Federal y me interesaba mucho lo que estaba haciendo; pero Vasconcelos me dijo: “El puesto de usted está junto a mí y no en esas labores en donde puede ser remplazado por otra persona; necesitamos levantar la cultura mexicana, defender las ideas, ampliar el sistema educativo”. Y realmente me pareció que el plan de Vasconcelos era muy importante. Sin embargo le dije: “Hable usted con el presidente Obregón, dígame que quiere usted invitarme para que yo deje el gobierno del Distrito; hable también con el general Gasca, y si ellos no ponen obstáculo con mucho placer vendré a colaborar con usted”.

Así ocurrió, en octubre de 1921. Junto con otros de mis compañeros de generación y los antiguos maestros ayudamos a Vasconcelos. Pero en esos días Vasconcelos, que era un hombre muy intolerante y a veces violento, tuvo un disgusto con el director de la Escuela Nacional Preparatoria que era el Alma Mater de la Universidad Nacional, y se nombró a sí mismo director del plantel. El rector de la Universidad Nacional —se había creado ya la Secretaría de Educación Pública—, era Antonio Caso —mi maestro de filosofía, director de la Escuela de Altos Estudios—, protestó porque el secretario de Educación Pública había pasado por encima de la autonomía universitaria al nombrarse director de la Escuela Nacional Preparatoria y dijo que no aceptaba.

JW: ¿La Universidad tiene verdadera autonomía?

VLT: Sí, la Universidad designa a los directores de sus escuelas y facultades por resolución de su Consejo, integrado por las autoridades de los maestros y estudiantes.

Vasconcelos mantuvo su decisión de ser secretario de Educación Pública y director de la Escuela Nacional Preparatoria. Entonces Antonio Caso se fue a su casa y renunció a la Rectoría. Se creó un conflicto muy grave, eran muy buenos amigos Caso y Vasconcelos, del Grupo Ateneo; se habían estimado mucho; pero Caso era muy celoso de la autonomía universitaria y Vasconcelos muy autoritario. No era posible resolver el conflicto, hasta que intervinieron todos los amigos. Llegaron a una conclusión: que el director de la Escuela Nacional Preparatoria sería una persona en la cual estarían de acuerdo los dos, y los dos coincidieron en que yo debía ser el director de la Escuela.

Entonces me hice cargo del plantel, en marzo de 1922. Ese hecho fue muy importante para mí, porque la Escuela Nacional Preparatoria tenía una tradición muy valiosa. Había sido fundada por Benito Juárez. A iniciativa del doctor Gabino Barreda, discípulo del filósofo francés Augusto Comte, se estableció en México, por la primera vez, la enseñanza científica de acuerdo con la clasificación de las disciplinas de Comte y de Spencer, partiendo de la matemática y llegando hasta la psicología.

La Escuela Nacional Preparatoria con este plan de estudios había formado a muchas generaciones. En cada una de las entidades de la República había un colegio científico y literario —así se llamaba en casi todas partes— que seguía el mismo plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria. Pero con los años de la Revolución, con motivo de los cambios políticos que hubo, un grupo de maestros normalistas, amigos de personas allegadas al gobierno revolucionario, consiguió que la Escuela Nacional Preparatoria quedara a cargo de profesores que habían ido, después de haber recibido su título en México, a buscar orientaciones pedagógicas a los Estados Unidos. La mayor parte de ellos eran, además, protestantes, así es que el primer plantel de México quedó en manos de normalistas protestantes y en el acto hicieron de esa escuela, con la tradición científica elevada que tenía, una especie de *High School*, a lo sumo de *College*, cambiando por completo el contenido de la educación. Los universitarios protestaron por ese atentado; pero la Escuela Nacional Preparatoria quedó fuera de la Universidad por un decreto. Entonces nosotros creamos una Escuela Nacional Preparatoria propia de la Universidad, hasta que logramos que se reincorporara a la Universidad legalmente el viejo plantel.

En esas condiciones recibí la Escuela Nacional Preparatoria. Un plan de estudios, a mi juicio, mal concebido; los programas de las materias de enseñanza muy elementales, como si fuera una mala escuela normal en lugar del

bachillerato. Había tantos aspectos negativos en el funcionamiento de la Escuela Nacional Preparatoria que informé al Consejo Universitario de la situación y pedí facultades para transformarla. Me las dieron.

He querido mencionar algunos aspectos de mi trabajo, porque no se trata de mí. No se trata de una autobiografía, sino del examen de lo que ha ocurrido en México durante mi vida.

Había profesores, como uno de química, que daba la clase en verso, en una forma tan infantil que al terminar el curso hacía un número con los alumnos que se llamaba la dramatización de la química. Vestía a dos muchachas de un color determinado, a otra joven de otro color y con una música especial, bailando, se juntaban. Entonces resultaba la fórmula H_2O , dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, y salía otra muchacha atrás de ellas: era el agua. Cuando llegué a la Escuela Nacional Preparatoria simplemente cesé a todos los profesores.

JW: Indudablemente se fueron a los Estados Unidos a enseñar esa llamada educación pragmática de John Dewey.

VLT: Abrí a oposición las cátedras. Llegaron nuevas gentes, los hombres más valiosos en el campo de la cultura. Tuve que examinar junto con los nuevos profesores los programas de estudio, materia por materia, y con el fin de no perder un minuto decidí con mi esposa que cerraríamos nuestra casa e iríamos a vivir a la Escuela Nacional Preparatoria, en donde vivió su fundador don Gabino Barreda. Durante los primeros meses no salí un solo día a la calle. Trabajé intensamente hasta que me enfermé y después de un breve descanso continué mi labor. Creo que esos años de la rehabilitación de la Escuela Nacional Preparatoria tuvieron una gran influencia después en el campo de la educación nacional, porque obligamos a aquélla a subir el nivel de la escuela secundaria que se creó en ese tiempo y, naturalmente, las facultades y escuelas superiores recibieron alumnos más preparados.

Vasconcelos seguía como secretario de Educación Pública; pero era un hombre muy ambicioso, además de vanidoso. Tenía una idea extraordinaria de sí mismo. Quiso convertirse en una especie de símbolo de la alta cultura en todo el continente. En un barco de guerra mexicano visitó muchos países de América del Sur, llevó un grupo numeroso de intelectuales e hicieron una gira para predicar la cultura. En realidad, lo único que él quería, a mi juicio, sin desconocer que era un hombre muy inteligente y que tenía méritos en muchos sentidos, era crearse una personalidad internacional con el objeto de alcanzar la Presidencia de México.

Adiviné el pensamiento de Vasconcelos, porque era muy sencillo comprender sus propósitos. Pero yo no podía apoyar esa idea, me parecía descabellada. Vasconcelos no conocía el país, no tenía ninguna liga con el pueblo,

además él despreciaba al pueblo. Consideraba que él era un hombre superior y que, como tal, todos debíamos llevarlo hasta la jefatura del gobierno, confiando en su genio. El caso de un intelectual individualista en grado supremo. Iba a terminar el gobierno del general Álvaro Obregón y naturalmente empezó a agitarse el ambiente político. ¿Quién debía suceder a Obregón?

Había una figura muy importante entonces, que todo mundo señalaba, con razón, como el sucesor natural de Obregón: era el general Plutarco Elías Calles. Había sido gobernador de Sonora. Era un militar con mucho ascendiente en el ejército, un hombre de ideas radicales y era natural que contara con el apoyo de las grandes masas rurales y de las obreras. Vasconcelos creyó que a él le correspondía la jefatura del gobierno; pero el asunto se decidió en favor del general Calles. Vasconcelos quedó mucho muy molesto.

Se provocó entonces la rebelión de algunos jefes del ejército inconformes en contra de la candidatura del general Calles. Muchos generales con méritos durante la lucha armada contra el ejército de Porfirio Díaz, no conformes con la candidatura, se levantaron en armas. Tenían para oponer, a la candidatura de Calles, la de Adolfo de la Huerta. Un hombre del mismo grupo de Sonora, pero sin gran preparación y sin visión de las cosas del momento y menos de las futuras. Adolfo de la Huerta era un hombre de buena fe, pero no entendía los problemas. A él le interesaba más el canto, cantaba y daba clases de canto; pero resultó, por accidente, el jefe de una rebelión armada muy importante. Muchos jefes del ejército se levantaron, unos primero y otros después.

JW: ¿Tenían programa o fue nada más personalismo?

VLT: Personalismo puro. El general Álvaro Obregón hizo frente a la situación, más capaz que sus colegas, más audaz, más decidido, más inteligente, más conocedor de los hombres, derrotó a los rebeldes. La batalla decisiva contra los que se habían levantado en armas se libró en la población de Ocotlán, Jalisco. Antes de la batalla muchos pensaban que iba a triunfar la rebelión contra el Presidente. Entonces Vasconcelos le envió un telegrama a Ocotlán, mediante el cual renunciaba a su cargo de Educación Pública aduciendo una serie de hechos que habían ocurrido en la ciudad de México, malos evidentemente. Pero la razón no era esa; la razón era que Vasconcelos quería retirarse del gobierno de Obregón y quedar libre con el objeto de esperar una oportunidad para ser Presidente de la República. Obregón, de una manera muy hábil, le contestó que no era el momento de renunciar y esperaba que continuara al frente, pues ya conversaría con él en breve tiempo. Derrotó Obregón a los rebeldes en Ocotlán, y como había otro grupo de generales levantados por el lado del oriente, en los estados de Puebla

y Veracruz, trajo todas las tropas victoriosas de Jalisco y los derrotó también terminando con la rebelión.

En esos días, antes de la rebelión y cuando ya había comenzado la crisis política, había elecciones del Ayuntamiento de la ciudad de México y de los ayuntamientos del Distrito Federal que después se habrían de suprimir. Yo iba a ser alcalde de la ciudad de México; pero la rebelión delahuertista me llevó a otra parte. El gobernador del estado de Puebla, Froylán Manjarrez, se unió a la causa de De la Huerta, quien fue aprehendido por las tropas federales. Entonces quedó acéfala la gubernatura de Puebla y la Legislatura del estado me designó gobernador. Dejé la ciudad de México y fui a Puebla, en diciembre de 1923.

Mi experiencia como gobernador de Puebla fue muy interesante para mi formación política. Yo no tenía la edad constitucional para ser gobernador de Puebla, porque no había cumplido treinta años todavía. No conocía el estado. Yo había nacido en Teziutlán, en la Sierra de Puebla; pero la ciudad de Puebla la había visitado dos o tres veces en mi vida. No conocía a nadie; pero asumí el cargo, porque era un momento muy difícil. Invité entonces a mis amigos y conocidos y algunos estudiantes para que me acompañaran a Puebla.

Era una situación de emergencia. La gente de Puebla nos miró como animales raros, decía que eso no era gobierno, que eso era un areópago griego, intelectuales nada más, la mayoría de ellos no eran de Puebla y era verdad. El único que había nacido en Puebla era yo; pero mis colaboradores fueron Alfonso Caso, abogado consultor del gobierno del estado; Pedro Henríquez Ureña, uno de los hombres más importantes del Ateneo, director de Educación Pública en el estado; Agustín Loera Chávez, otro intelectual encargado de la extensión universitaria, y otros muchos, que por amistad hacia mí me acompañaron, más que en el gobierno de Puebla en la aventura política, porque íbamos a gobernar un estado muy importante en plena revolución armada. Como ayudantes míos, siendo estudiantes, fueron algunos de los más brillantes jóvenes de entonces, como Salvador Azuela y otros, que tenían un sueldo de dos pesos diarios más la comida y el alojamiento pagado. *JW*: Llevaba todo un equipo de intelectuales para ganar la batalla.

VLT: No para ganar la batalla militar, sino para hacernos cargo de una situación política difícil. Eso me permitió conocer muchos aspectos internos de la política mexicana. Las causas de la rebelión de algunos generales y la forma en que esos generales murieron. El general Obregón era un hombre muy perspicaz, muy hábil; pero era superior a muchos de sus colegas, y le tenían rencor y envidia. Por eso se sublevaron contra él.

Me tocó presenciar la lucha en el frente oriental. Era yo un gobernador sin dinero en las arcas del gobierno, sin fuerzas armadas y sin policía. El

general Fortunato Maycotte, de Oaxaca, después de haber caído todas las plazas, recibió armas, parque y dinero y se levantó contra el Presidente, marchando sobre la ciudad de México; así que esperábamos, de un momento a otro, que llegara a Puebla. Cuando los policías oían los rumores de que avanzaba el ejército rebelde, abandonaban los puestos y en la noche dejaban el uniforme y la linterna en la esquina y se iban en paños menores a su casa. Las tropas que guarnecían la ciudad se movilizaban constantemente. Y no tenían ningún apoyo. Entonces formé una escolta con obreros de las fábricas; pero como carecían de espíritu combativo opté por desha-cerla; eran muy indisciplinados y no sabían ni tomar los fusiles. Organicé una escolta de campesinos de la región de la Malinche, una montaña que está cerca de Puebla; pero el comandante militar de la plaza era el general Juan Andreu Almazán.

Un día recibí un telegrama del general Obregón diciéndome: “Dígale usted al general Almazán que concentre sus tropas en Apizaco en donde recibirá instrucciones”. Fui a buscarlo y me dijo: “Lo cumpliré; pero es una desgracia ser mexicano”. “¿Por qué?”, le pregunté. “Porque usted ya sabe que Maycotte se rebeló, ¿en quién se puede confiar? Ya en nadie. No saco las tropas de la ciudad de Puebla, porque en la primera oportunidad se van a voltear”. Entonces llamé al general Celestino Gasca y le dije: “Compañero Gasca, el general Almazán me ha dicho esto”. Él me respondió: “Yo saco las tropas”. “Tenga cuidado —le dije— porque se van a levantar; mi impresión es la de que Almazán está comprometido también en la rebelión”. Había que tomar muchas precauciones. Almazán cumplió, se fue a Apizaco pero solo. Antes de eso me dijo: “Mire, esto está terminado ya. Obregón va a caer. Yo no tengo más confianza que en mi escolta. Doscientos o trescientos hombres muy leales a mí: Le propongo a usted que nos vayamos”. “¿A dónde?”, le pregunté. “Vamos a Guatemala”. “No, le dije, yo no me muevo de Puebla sin instrucciones del Presidente de la República”. “Bien, me dijo, pues si el general Gasca quiere sacar mi tropa que lo haga”. Movilizó Gasca la tropa y en la noche acamparon en una pequeña loma, cerca de un viejo acueducto y, en efecto, antes de amanecer se sublevaron los soldados. Gasca salió huyendo.

El Presidente de la República, enterado de las cosas, me dijo: “Indíquele usted al general José María Sánchez que movilice a todos los campesinos de la región que tiene organizados ya militarmente y que venga a Apizaco”. Mandé llamar al general José María Sánchez, le transmití las instrucciones y me dijo: “Muy bien, lo cumpliré”. Llevó a algunos campesinos a Apizaco. Ninguno de los generales sabía qué iba a ocurrir. Algunos querían ser leales al presidente Obregón, pero tenían casi la convicción de que iba a ser derrotado, y otros pelearon hasta el final.

En medio de esta situación tan grave era muy difícil hacer un gobierno normal en Puebla y, sobre todo, desarrollar un programa constructivo. Pero como la rebelión fracasó regresé inmediatamente a México y le dije al Presidente de la República: "Ha terminado todo, me regreso a la ciudad de México y usted me dice a quién le entrego el gobierno de Puebla". "No —me dijo Obregón—, ojalá y hubiera jóvenes como usted para otras regiones de México; necesitamos renovar los cuadros del movimiento revolucionario, usted cuenta con todo mi apoyo. Es necesario cambiar la situación económica, social y política de todos los estados, y Puebla es una entidad muy atrasada. Cuenta usted, en consecuencia, con todo mi apoyo y usted regrese a Puebla".

Entonces comenzó mi labor de gobernador. Era muy difícil. No se había aplicado la Reforma Agraria a pesar de que fueron Puebla y Morelos el escenario de las luchas de Emiliano Zapata. Las antiguas haciendas porfiristas estaban intactas y había un señor ahí, muy interesante, que acaba de morir: William Jenkins, convertido en una especie de deidad en el estado de Puebla. Este señor comenzó su carrera simulando un secuestro. Él era vicecónsul de los Estados Unidos en Puebla y un hombre de negocios. Cuando vio que el país entraba en una etapa muy difícil, de acuerdo con dos sujetos que no eran militares, pero que se hacían pasar por tales, simuló que los revolucionarios lo habían secuestrado y en el acto presentó una reclamación al gobierno por daños y perjuicios en virtud de ese secuestro. Así conocí la historia de Jenkins; pero con el tiempo ese señor se había convertido en una especie de prestamista del gobierno del estado. Como siempre estaba en crisis el gobierno, Jenkins daba dinero y paulatinamente se fue convirtiendo en un factor político.

No se aplicaba la Reforma Agraria porque el señor Jenkins intervenía; no se hacía esto o aquello porque el señor Jenkins participaba activamente. Un día yo estaba en mi despacho, en el Palacio de Gobierno, cuando se abrió la puerta de par en par. Vi a un tipo raro que me dijo: "Yo soy William Jenkins". Y contesté: "¿Quién le dio a usted permiso para entrar?" "Es que yo siempre tengo la puerta abierta en el gobierno de Puebla". Le dije: "La tuvo, hoy no es posible, yo no puedo recibirlo a usted sin haberlo citado previamente". Toqué el timbre y le dije a uno de los ayudantes: "Saque de aquí a este hombre". Y se fue. Así conocí personalmente al famoso señor Jenkins.

No sólo no se había aplicado la Reforma Agraria en Puebla, sino que no se había cumplido nunca con la Ley del Trabajo. Todo estaba lo mismo. Los impuestos eran muy numerosos. Impuestos de la época colonial todavía. Impuestos del siglo XIX. La hacienda pública era un verdadero lío, sin principio, ni base, ni programa, ni objetivos. El impuesto más importante era el que pagaban las fábricas textiles y se discutía entre los representantes de los

propietarios de las fábricas y el gobernador cada año. Peleaban y quedaban en una suma cerrada, digamos cien mil pesos, y entonces los industriales se aplicaban la proporción que cada uno debía pagar.

Comencé mi labor estudiando la situación de las propiedades privadas rurales para poder cumplir con la Reforma Agraria. Por cierto que para esa labor le pedí al Partido Nacional Agrarista, en aquella época bajo la dirección de Antonio Díaz Soto y Gama y de otros hombres que habían participado en el movimiento zapatista, que me enviara una persona de su confianza y capaz para que se hiciera cargo de la Comisión Agraria de Puebla. Designaron al licenciado Crisóforo Ibáñez, un hombre muy honrado, que después habría de ser secretario particular del Presidente de la República Ortiz Rubio.

Estábamos trabajando en la aplicación de la Reforma Agraria, cuando un día llegó Ezequiel Padilla —éste que ahora vuelve al Senado de la República—, con otros miembros del Congreso de la Unión, a abogar porque no se aplicara la Reforma Agraria a las haciendas de varias familias dueñas de grandes propiedades en el oriente del estado de Puebla, en la región que tiene como centro el pueblo de Chalchicomula, hoy Ciudad Serdán. Me extrañó que gentes ligadas al gobierno y al Poder Legislativo, llamándose revolucionarias, fueran a pedirme que no cumpliera yo con mi obligación. De esa manera conocí a Ezequiel Padilla con quien después habría de tener muchas controversias en el resto de mi vida. Le dije que no había estudiado el caso, que examinaría sus deseos; pero en cuanto él salió de mi oficina inmediatamente llamé a Alfonso Caso y al licenciado Ibáñez y les dije: “Vamos a aplicar la Reforma Agraria en esta región, porque estos señores tratan de impedir que se cumpla con la Constitución y con la ley”. Entregamos la tierra a los campesinos el domingo siguiente. Eso despertó una protesta, y hubo una lucha tremenda por la tierra en la región de Atlixco.

La fábrica más importante de aquella zona estaba manejada por extranjeros y los obreros habían sido organizados por ellos como sindicatos blancos para que no se cumpliera con la ley. Más todavía: armaron a los obreros de la fábrica de Metepec, que es a la que me refiero, y como está lejos de Atlixco, cada vez que los obreros de la ciudad querían ir a ver a sus compañeros de Metepec para organizarlos en sindicatos verdaderos, libraban unas batallas terribles que duraban varias horas. Eran unas batallas a balazos. Aproveché la rebelión delahuertista para acabar con eso. Obligué al director de la fábrica a aceptar un reglamento interno. Los líderes más agresivos del sindicato blanco fueron expulsados de la región y comencé a aplicar el artículo 123.

El primer contrato colectivo de trabajo que hubo en México lo hice yo como gobernador del estado. Los trabajadores de las panaderías querían

aumento de sueldos; pero no sabían cómo lograr su objetivo. Las panaderías de Puebla eran, en aquella época, verdaderos talleres artesanales en manos de españoles y la mentalidad de los panaderos era también artesanal. Había un sindicato; pero el sindicato no había entrado aún a la etapa de la ideología del proletariado. Entonces examinamos el problema y les dije: “Vayan a la huelga —no querían ir a la huelga—, es la única forma”. Y decían: “Pero no nos van a pagar los sueldos”. “Yo los pagaré, naturalmente no de un modo público, yo los ayudo, háganla”. Y se resistían los trabajadores. Entonces los obligué a que fueran a la huelga. Los patrones estaban espantados. Los congregué en el Palacio de Gobierno y les dije: “Es necesario firmar un contrato único”. “Pero, señor, eso representa mucho dinero para nosotros”. “Ustedes tienen que pagar lo justo”, les contesté. Los obreros llegaron ahí a gritar desde la calle, algunos de ellos pidiendo la cabeza de los españoles, que estaban espantadísimos. Les dije: “No se preocupen, yo voy a hablar a los trabajadores”. Salí al balcón y les dije: “Se va a arreglar todo, los señores patrones aceptaron cumplir con la ley”. Así se formuló el primer contrato colectivo de trabajo que hubo en México.

Pero no sólo en materia agraria y en materia obrera el estado de Puebla estaba muy mal, sino en todos los aspectos. La industria textil era una industria primitiva. Fue la única industria que hubo durante los trescientos años del régimen colonial, como corresponde, naturalmente, a toda colonia. En el siglo XIX aumentaron un poco las fábricas; pero con procedimiento artesanal. Ya para cuando fui gobernador de Puebla las máquinas eran viejas. Me di cuenta de que eso iba muy mal y traté de formar una especie de consorcio, lo que hoy llamamos empresa descentralizada, agrupando a todos los propietarios de fábricas. A cada uno se le daría, de acuerdo con el valor comercial de su negocio, un número de acciones para la gran empresa. Intervenirían el gobierno federal, el gobierno local y los obreros para modernizar la industria textil.

Fue un escándalo. “¡Eso es el comunismo!” “¡Eso es la ruina nuestra!” “¡Se acaba la iniciativa privada!” Y otros argumentos semejantes. Les hice ver que si no se organizaban como yo lo proponía, en pocos años la técnica moderna levantaría fábricas nuevas en México, en cualquier lugar, y que ellos, por tener maquinaria vieja, perderían. Vinieron a México y se quejaron. Como ya había quejas contra mí por la aplicación de la Reforma Agraria y porque estaba aplicando la ley obrera, y como también me metí a organizar la educación, llegó un momento en que las protestas contra mi actuación de gobernador de Puebla ante el gobierno federal fueron muchas.

Entonces un día el secretario de Gobernación, licenciado Enrique Colunga, me envió un telegrama muy amable diciéndome que cuando mis

ocupaciones me lo permitieran quería conversar conmigo en la ciudad de México. Vine y empezó a hablarme de una manera muy complicada; sentí que no sabía cómo expresar lo que quería decirme, y adiviné. Le dije: “Señor secretario de Gobernación: yo le voy a ahorrar a usted muchos esfuerzos, veo que está sufriendo. Lo que quiere el Presidente de la República es que yo deje el gobierno de Puebla. Muy bien. Si yo estoy allá es porque él insistió en que continuara al frente del gobierno, yo no tengo ningún interés; pero sí quiero decirle algunas cosas. El estado de Puebla —y me imagino que los demás estados de la República están en la misma situación— está muy atrasado. La Revolución estalló en 1910, entró en su etapa violenta en 1913. En 1917 se hizo la nueva Constitución; pero no se ha aplicado todavía. Yo traté de aplicar la Constitución en Puebla; pero la oposición surgió de todos lados contra mi labor: del seno del grupo revolucionario. Referí lo de Ezequiel Padilla. De parte de los españoles industriales, de los españoles panaderos, de todos lados, y para colmo, de parte del señor William Jenkins, que no sé por qué tiene que intervenir en los asuntos de México. Creo, en consecuencia, que yo no soy el hombre adecuado para dirigir un estado en donde se tiene que cumplir con la Constitución y con los principios revolucionarios”. “No”, me dijo, “no se trata de eso exactamente; pero mire usted, es que hay que darle ya un gobierno constitucional a Puebla”. Contesté: “Me voy hoy en la tarde y le entregaré el gobierno al oficial mayor”. Se llamaba don Benigno Mata. Era un colaborador del gobernador de Veracruz, Adalberto Tejeda, amigo mío.

Mata era un hombre muy honesto, un hombre que había trabajado ayudando a la clase obrera de Veracruz, particularmente de Orizaba; por eso lo invité para que fuera oficial mayor del gobierno de Puebla. Regresé a Puebla, mandé llamar a un notario público, le entregué la Tesorería del gobierno, muy pobre por cierto, hice un manifiesto y regresé a la capital.

El licenciado Enrique Colunga vivía cerca de mi casa y me dijo: “¿Por qué esa actitud?” “Porque, mire, si yo hubiera cometido alguna falta comprendo que el Presidente de la República se sentiría muy molesto; pero cuando él me dijo que me apoyaría y que el país necesitaba elementos nuevos, creí que era sincero; pero veo que no es, entonces yo no quiero tener ninguna liga ya con ustedes y por eso me he venido a mi casa”.

OPINIONES Y DATOS POLÍTICOS EN RELACIÓN CON LA DÉCADA DE 1920

VLT: Volví al Ayuntamiento de México como regidor electo y asumí mi cargo, en 1924. Días después me encontré en una ceremonia al Presidente de la

República, el general Obregón, y me dijo: “¿Está usted disgustado conmigo?” “No”, le contesté, “no estoy disgustado; al contrario, estoy muy contento de haber salido de Puebla. Me da pena que usted haya aceptado las protestas de los contrarrevolucionarios y que no haya mantenido su criterio de apoyar mi gestión; pero esa es responsabilidad suya y no mía”.

Empecé a trabajar en el Ayuntamiento, que estaba integrado por elementos de varios partidos; desde luego por el mío: el Partido Laborista, por otros partidos locales; pero poco tiempo después, o casi simultáneamente, se presentó la elección de diputados. Yo me encontraba muy molesto en el Ayuntamiento, porque no veía ninguna labor trascendental. Había yo formulado la plataforma electoral para integrar el Ayuntamiento, había subrayado tres importantes principios para gobernar la capital de la República: el derecho de iniciativa de la población para tomar medidas de desarrollo de la metrópoli y el manejo eficaz de los servicios públicos; el derecho de la población también para revocar el mandato de cualquier regidor y la obligación del Ayuntamiento de someter, al *referendum* de la población, las cuestiones de trascendencia. Pero ninguna de estas cosas se cumplieron.

Entonces yo propuse a mi Partido —el Partido Laborista— que presentara mi candidatura a diputado del Congreso de la Unión. Fui al lugar donde nací, a Teziutlán, y vine como diputado. Abandoné el Ayuntamiento de la ciudad de México y entré a la Cámara, a fines de 1925, como miembro del bloque de diputados del Partido Laborista. A ese bloque pertenecieron personas que después habrían de destacarse en la vida pública, como Javier Rojo Gómez, el actual secretario general de la Central Nacional Campesina (CNC), que era miembro del Partido Laborista, el general José María Tapia y otros muchos.

En la Cámara de Diputados presentamos numerosas iniciativas de ley, ante todo yo estaba preocupado por una. En aquella época cada estado de la República legislaba en materia de trabajo, expedía leyes reglamentarias del artículo 123 de la Constitución. Yo consideraba que eso era un grave error. Debía haber una sola ley de trabajo en el país y comencé a luchar por ello. Esa fue una de las iniciativas que presentamos.

Ya siendo Presidente de la República el general Plutarco Elías Calles, que durante los dos primeros años de su mandato fue un excelente Presidente —en aquel tiempo el Presidente duraba cuatro años en ejercicio nada más—, en los últimos dos cambió de actitud. El gobierno de los Estados Unidos envió como embajador a un hombre representativo de Wall Street, al embajador Dwight Morrow, y este hombre, muy hábil, influyó mucho en el pensamiento del presidente Calles que empezó a cambiar y entró en una etapa de declinación de sus ideas.

Un día dijo en un acto público que la Revolución consistía en ayudar al mismo tiempo a los de abajo y a los de arriba. Yo le contesté diciendo que eso era falso, que la Revolución era un movimiento unilateral que consistía en ayudar únicamente a los de abajo y no a los de arriba, que no necesitaban estímulo ni ayuda ni nada, porque eran los explotadores de las mayorías. Entonces se provocó un conflicto en el seno de mi Partido y en el seno de la CROM, que era la organización sindical de cuyo comité central yo formaba parte también. El conflicto consistía en influir de un modo privado en el presidente Calles, en tanto que yo preconizaba la línea de luchar y de influir sobre él; pero en la lucha diaria de la clase obrera por mejores condiciones de vida. Esta lucha interna en el seno de la CROM y del Partido Laborista, vino a complicarse muy pronto, porque cuando Calles iba a concluir su gestión de Presidente de la República, se planteó nuevamente el problema de la sucesión presidencial. ¿Quién iba a sustituir al presidente Calles?

La rebelión del ejército en 1923 fue una experiencia muy amarga. El presidente Obregón logró derrotar a los rebeldes. Pero otra guerra civil sería muy grave para México. Aspiraban a la Presidencia muchos generales de los amigos de Obregón. ¿Cómo resolver el problema? El general Calles no estaba de acuerdo en la reelección de Obregón, que Obregón mismo planteó a sus amigos.

Esta es una etapa de la historia de México mal considerada, a mi juicio. Yo quiero expresar mi opinión sobre este asunto que es muy importante. El general Obregón quería evitarle a México una nueva guerra civil y estimó que la autoridad suya era la única capaz de evitar un conflicto de esa importancia.

Todos los revolucionarios estaban de acuerdo en que debía mantenerse el principio de no reelección, que en México es tabú, porque Porfirio Díaz se levantó también contra el gobierno al grito de ¡No reelección!, y después estuvo treinta y cinco años en el poder.

Una de las grandes demandas de la Revolución Mexicana, comenzando por la gestión de Francisco I. Madero, era justamente esa: no reelección del Presidente de la República; pero dejar que los candidatos lucharan de una manera democrática era una simple ilusión. Los que querían ser jefes del gobierno, eran todos jefes con armas. Era claro que si se optaba por dejarlos en libertad habría una guerra civil, no con una facción sino con muchas.

Entonces discutimos, en el seno del Partido Laborista, lo que deberíamos hacer. Los dirigentes del Partido, Luis N. Morones y sus amigos, que habían formado desde un principio un grupo que se llamó el "Grupo Acción", seguían las indicaciones de Calles, no tanto por razón de principios sino porque —aunque no se haya dicho nunca— Luis N. Morones aspiraba a ser Presidente de la República. Entonces comenzó una lucha sorda contra

Obregón, tanto en el seno del Partido Laborista como fuera de él, dentro del gobierno y en muchos círculos de la vida política nacional. Llegó un día en que Luis N. Morones fue a ver a Obregón para expresarle que él no estaba de acuerdo con su reelección, porque la Constitución de la República la prohibía, ya que había sido uno de los lemas del movimiento revolucionario, y le dio otros argumentos.

Pero Obregón sabía cuál era el verdadero propósito. Lo oyó de una manera despectiva, no hizo ningún comentario. En el seno del Partido Laborista Mexicano se planteó la cuestión: ¿está el Partido por la reelección o no? Los líderes no sabían qué hacer, porque estaban enterados del problema. El general Calles no quería la reelección de Obregón, no por principios, sino porque él quería ser el jefe único de la política nacional. Obregón era el jefe de Calles; pero Calles ya había adquirido la categoría de Presidente de la República y aspiraba al mando único.

Por otro lado, Morones fue a ver si se le podía presentar la coyuntura de ser Presidente. Yo expuse en el seno del Partido Laborista que nosotros debíamos mantener el principio de la no reelección, porque no había que olvidar el periodo de Porfirio Díaz. Pero que la reelección como tal o la no reelección no tenían ningún valor, porque esos son principios que se aplican a la realidad concreta de un país en una etapa histórica determinada. Agregué que en el caso concreto, a mi juicio, lo importante era evitar una guerra civil y que, por ese motivo, habría que aceptar la reelección de Obregón y decirlo públicamente.

Mi idea prevaleció. Obregón se enteró de mi actitud y me mandó llamar. Me dijo: "Yo estoy al tanto de lo que ocurre en el seno del Partido Laborista; usted es un hombre honrado, ve las cosas con claridad e, independientemente de su Partido, yo quiero que usted coopere conmigo en la campaña que vamos a emprender para que yo vuelva a la jefatura del gobierno".

El Partido Nacional Agrarista sostenía la reelección de Obregón abiertamente, sin ninguna reserva mental. ¡Contra Calles! Entonces los jefes de los dos partidos pelearon y se rompió la unidad de lo que podríamos llamar la izquierda de aquel tiempo.

A mí me tocó expresar desde la tribuna de la Cámara de Diputados la opinión de mi Partido. La Cámara, en aquel tiempo, discutía de una manera muy violenta las cosas. Había muchas facciones y en varios momentos la pasión llegó hasta la agresión. Hubo sesiones en las que las pistolas salieron a relucir y en varias ocasiones hubo balaceras dentro de la Cámara de Diputados. Un día hirieron a Morones cuando hablaba en la tribuna, otro día mataron a un pobre diputado que estaba escribiendo. La situación era muy tensa.

Los del Partido Nacional Agrarista sabían muy bien cuál era la actitud de Morones y los líderes del Partido Laborista. Cuando subí a la tribuna de la Cámara de Diputados, fui escuchado con respeto y dije las cosas como debía expresarlas. Así evitamos una guerra civil en México.

Obregón tenía razón; pero la reacción clerical, enfurecida por su vuelta al gobierno, preparó su asesinato. Un día me llamó el general Obregón y me dijo: “Voy a hacer de mi campaña electoral el compromiso del establecimiento del seguro social en México —él le llamaba el seguro obrero— y quiero que usted me ayude”. Le dije que lo haría con mucho gusto. “¿Usted puede formularme un plan sobre el seguro obrero?” “Sí señor, dentro de unos dos meses”. “No, me dijo, ¿dos meses?” “Es que en México no hay ningún antecedente sobre el seguro, necesitamos estadísticas, conocer la legislación de otros países”. “No se trata de una ley, ya veremos posteriormente. Se trata de un documento que explique qué cosa es el seguro obrero”. Le dije que eso era muy simple, que lo haría en una semana o en diez días. “No, me contestó, es mucho tiempo, tres días”. “Entonces voy a mi casa, voy a traer algunos puntos de vista y si usted quiere mañana nos reunimos para que usted me dé su opinión y haga un proyecto, en forma de manifiesto dirigido a la clase obrera”. “Bien, me contestó, mañana en la mañana no, porque voy a tener una comida que me ofrece la diputación del estado de Guanajuato; en la tarde nos veremos, a las 7”. Vino aquí, atrás de mi casa, a este lugar en donde había un restaurante y ahí lo mató José de León Toral. No volví a verlo. Mientras yo estaba trabajando a unos metros de donde él se encontraba, lo asesinó un clerical fanático.

Como ustedes ven, esta década de 1920 a 1930 fue para mí muy importante y creo que también para la vida de México. En primer lugar yo revisé mi preparación filosófica. En segundo término llegué a la jefatura del Partido Laborista y a la jefatura de la CROM, no al puesto superior, sino como miembro de la dirección en los dos casos. Fui director de la Escuela Nacional Preparatoria. Trabajé mucho en la reestructuración de la enseñanza media, colaboré con José Vasconcelos en la orientación de la educación popular y en la actividad de la cultura superior. Fui gobernador de Puebla, regidor del Ayuntamiento de México y después diputado. Con la muerte del general Álvaro Obregón se cierra una de las etapas más importantes de la vida de México. Por eso para mí la figura de Álvaro Obregón fue y sigue siendo una de las figuras más valiosas de la vida contemporánea de mi país.

JW: Usted estaba de acuerdo con su filosofía política, durante la campaña electoral, porque había estudiado a Marx y estaba bien enterado; mientras que Obregón en la campaña apenas una vez mencionó la palabra socialismo.

VLT: Ninguno de los ideales del movimiento revolucionario armado tenía una filosofía social precisa. Ninguno de los dirigentes políticos tenía una filosofía revolucionaria. Eran gentes compenetradas de los problemas concretos del pueblo de México y de la nación. En lo que estaban todos de acuerdo, y no había para ellos ninguna duda, ningún titubeo, era en la necesidad imperiosa de destruir la estructura económica que había prevalecido en México hasta 1910. Es decir, liquidar el latifundismo, entregar la tierra a los campesinos, rescatar para la nación el dominio sobre los recursos naturales del territorio, comenzar a hacer que interviniera el Estado en el proceso económico; establecer las bases para el manejo de los servicios sociales. Hasta ahí todos estaban de acuerdo; pero, naturalmente, no se podía pedir que fueran profesores de filosofía los dirigentes de la Revolución.

Quienes estudiábamos las cosas —y en el caso mío personal el hecho de haber pasado de la filosofía idealista a la filosofía del materialismo dialéctico—, no representaba sino un medio eficaz para comprender los problemas, como sucedió en mi actuación personal. Por mi parte, tampoco disentía los problemas filosóficos con nadie. En primer lugar porque los caudillos de la Revolución no tenían esa clase de preocupaciones y porque, además, estábamos frente a hechos muy concretos: acabar con los latifundios, entregar la tierra a los campesinos, respetar los derechos de la clase obrera, enfrentarse a las intervenciones de afuera, ampliar la educación, crear nuevas fuentes de trabajo. Esa era la situación de ese decenio, de 1920 a 1930. No había teóricos.

Vasconcelos, intelectual que había participado en la lucha revolucionaria, no tenía ninguna filosofía revolucionaria. Pasó por ser un filósofo. En realidad era un brillante escritor, un buen novelista; pero como filósofo era partidario de la filosofía de los ricos, era un cristiano, un católico y ese pensamiento no tenía nada que ver con el movimiento revolucionario.

JW: Calles y Obregón, ¿no tenían filosofía...?

VLT: Ninguna filosofía determinada que pudiera definirse.

JW: Hay quienes dicen que Calles fue luterano.

VLT: En su juventud Calles era un hombre austero, fanático, al revés, en contra de todas las cosas que él suponía que podían dañar la vida personal y, sobre todo, la mente humana. Cuando fue gobernador de Sonora era un hombre implacable contra el alcohol, era enemigo de la religión en cuanto consideraba que la religión ofuscaba la cabeza de las gentes; pero hasta ahí. En el fondo de todos los mexicanos de esa etapa vence el viejo concepto liberal, es decir, el concepto anticlerical, el concepto antirreligioso, con la idea de elevar el nivel de vida de las masas populares y, por él, el de hacer de la nación mexicana un país independiente. Esos eran los tres principios fundamentales que movían su conducta y su pensamiento.

JW: Al leer la historia del siglo XX de México parece que hay tres hechos, tres cosas que han influido más en ella, cambiando el ambiente intelectual, el ambiente en que todos actúan. Primero fue la revolución política con los derechos políticos de Madero. Segundo, con la Depresión en 1929 y sus efectos, cambió el ambiente y muchos rechazaron el capitalismo, buscando en otros sistemas la manera de desahogar los problemas. En tercer lugar, el ambiente cambió otra vez con la Segunda Guerra Mundial, cuando la industrialización, bajo los auspicios capitalistas, adquirió fuerzas.

VLT: Esto que usted acaba de decir es verdad; pero sólo en pequeña parte. Nunca ha habido un plan, sino hasta hoy, a mi juicio, en cuanto al desarrollo histórico de México. Sobre todo un plan con proyecciones para el futuro, con metas previamente calculadas para un tiempo inmediato y lejano. La Revolución fue resolviendo problemas muy concretos, y la actividad de los gobiernos los condujo hacia posiciones cada vez más claras. Quien diga, como ha ocurrido hace algunas semanas con motivo de recordar la obra de Calles, que él fue un estadista genial que previó el desarrollo futuro de México está diciendo una mentira. Quien afirme que el general Obregón avizoró el futuro del país con una visión genial también miente. Quien diga que se trazó, en suma, el camino de México que hoy tiene hace varias décadas, no está diciendo la verdad. La situación a la que hemos llegado ha sido resultado de hechos muy concretos.

JW: No hablé de un plan de políticos y de intelectuales. Estoy hablando del ambiente intelectual del mundo, y de México en particular, porque al comenzar el siglo XX todo mundo pensaba en reformas políticas, todo mundo hablaba de problemas económicos y de resolverlos.

VLT: Eso puede ser cierto en términos muy generales, es decir, abarcando el panorama internacional; pero en México no, porque si usted examina el artículo 27 de la Constitución de 1917 se encontrará que hay ahí principios y normas muy avanzados muchos años antes de la Depresión que comienza en 1929-1930.

JW: Cada etapa tiene precursores; pero estoy hablando del tono de diferentes periodos.

VLT: Necesitamos puntualizar un poco las cosas para no saltar de una etapa a otra sin ligarlas. Lo que se llama el nacionalismo económico, que hoy es norma para todos los países atrasados del mundo —América Latina, África y Asia—, en México tiene un antecedente que fue único en este hemisferio: la Constitución de 1917. Nueva concepción de la propiedad privada, nueva concepción de la nación como propietaria de sus recursos naturales, preferencia a los nacionales, a los mexicanos sobre los extranjeros; limitaciones a los extranjeros para intervenir en la economía del país, etc. Esa fue la base.

Naturalmente que al aplicar la Constitución de 1917 en la década de 1920 a 1930 y como hubiera otros problemas de tipo internacional que tocaban a México, ese nacionalismo en la economía empezó a encontrar una justificación plena, ya no sólo constitucional o jurídica, sino real, objetiva. Todo país colonial o semicolonial mira hacia el nacionalismo, no tiene otro camino; lo que en México ha ocurrido es que el proceso formativo de la conciencia colectiva nacionalista se ha realizado en virtud de hechos propios y también de hechos exteriores. Es cierto que durante la Primera Guerra Mundial algunos se entusiasmaron con las facilidades que había en México; porque como México fue, oficialmente, neutral, hicieron dinero. Pero era una época confusa, justamente la época de la Revolución, la época armada, la lucha en México.

Después, sin embargo, la Primera Guerra Mundial obligó a pensar a muchos en la necesidad de multiplicar las fuerzas productivas en el país, porque antes México era un país dedicado sólo a la exportación de materias primas, sin protección más que para algunos artículos de consumo. Pasada la Primera Guerra Mundial se empezaron a acumular las fuerzas económicas para provocar la gran crisis de 1929; pero entonces México adquirió experiencia. El nacionalismo se robustece por segunda vez, porque hay que producir lo que no puede venir ya del extranjero. Entonces se acentúa, durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra, la conciencia del desarrollo nacional con independencia del extranjero. Eso fue lo que pasó en 1938 cuando expropiamos y nacionalizamos el petróleo. Eso fue lo que ocurrió al nacionalizarse los ferrocarriles, al intensificarse la Reforma Agraria y dar pasos avanzados creando bancos del Estado, etcétera.

Es muy difícil clasificar por etapas rígidas el pensamiento político de cualquier país. Precisamente, el domingo pasado, en Azcapotzalco, pronuncié un discurso en nombre de mi Partido analizando la situación, y dije que lo que caracteriza a la Revolución Mexicana son cinco reformas: la reforma agraria, la reforma social, la reforma económica, la reforma educativa y ahora la reforma política. Es importante tomar en cuenta esas cosas. No fueron reformas simultáneas.

La reforma agraria y la reforma social quedaron hechas, en cuanto a sus normas principales, en la Constitución de 1917. Después vino la reforma económica, que pasó del liberalismo al nacionalismo, de la libre competencia, de la iniciativa privada, sin intervenciones del gobierno, llegando a lo que hoy hemos llamado capitalismo de Estado. Vino la reforma educativa, que no se había hecho para poner en consonancia la orientación de la escuela con la reforma agraria, con la reforma económica y la reforma social. Y, finalmente, viene hoy la reforma política.

¿Qué hay de común en esas cinco reformas? ¿Qué puede expresar más que otra cosa la evolución del pensamiento político de México? Una idea. Ya no es el individuo la base y el objeto de las instituciones sociales. Es la existencia de diversas clases y sectores sociales en México. El derecho a la tierra no es individual, es colectivo. El derecho a los salarios y a mejores niveles de vida, es un derecho colectivo. El derecho a la educación lo mismo. La economía es, fundamentalmente, una tarea del Estado y por eso actúa como tal. Y la reforma política implica el reconocimiento de partidos políticos como sujetos electorales. Eso es lo que, a mi modo de ver, distingue al liberalismo del nacionalismo.

EL SEXENIO DE LOS TRES PRESIDENTES: PORTES GIL,
ORTIZ RUBIO Y RODRÍGUEZ

22 de junio de 1961

JW: En esta entrevista quisiéramos hablar del decenio de 1930, de su vida, de sus opiniones, aunque, tal vez, sería mejor comenzar con el asesinato de Álvaro Obregón, el 17 de julio de 1928.

VLT: Esta etapa de la vida de México es para mí, dentro de la historia contemporánea de mi patria, una de las más dramáticas que hemos vivido, porque después de la victoria armada de la Revolución contra el ejército de Porfirio Díaz, que comienza con la promulgación de la Constitución de 1917, es un periodo de iniciación de la nueva vida pública de México.

Don Venustiano Carranza no tuvo tiempo de aplicar la Carta Magna. Después vino el periodo de la lucha del ejército contra Carranza, lucha encabezada por el general Álvaro Obregón, porque el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, convertido en Presidente de la República, se empeñó en imponer a una persona ignorada, en realidad, por el pueblo, para impedir que el general Obregón, victorioso de Francisco Villa sobre todas las huestes que se oponían a la corriente constitucionalista, llegara al poder.

Por eso su muerte fue realmente un acontecimiento que no sólo conmovió al país de una manera profunda, sino que inició una nueva etapa histórica. ¿Cómo definir o caracterizar esta nueva etapa?

Yo la llamaría el periodo del callismo, porque, desaparecido Obregón, Calles quedó dueño del país. Así lo entendieron todos los políticos profesionales y empezaron a adularlo, llamándolo el "Jefe Máximo de la Revolución". Carranza había sido el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; pero este

título obedece a un hecho real. En cambio, el título de Jefe Máximo era una cosa un tanto palaciega y un poco arbitraria en muchos aspectos.

Calles empezó a gobernar al país a su antojo. En el plan inclinado de las rectificaciones a que aludí, la primera medida de Calles fue crear un nuevo partido político. Alrededor de los caudillos nacionales habían surgido partidos: el Partido Liberal Constitucionalista, influido por el general Álvaro Obregón. El Partido Nacional Cooperatista que concluyó con la crisis de Adolfo de la Huerta en 1923. El Partido Constitucionalista entró en crisis súbita a la muerte de Obregón y, además de estos organismos o movimientos, había multitud de pequeños partidos políticos en los estados de la República y a veces varios partidos locales alrededor de los caudillos locales.

Era un periodo lleno todavía de jefes armados que actuaban en la política del país según su fuerza. Calles se dio cuenta de que no podía gobernar a México sin un órgano político que le sirviera como instrumento único para lograr su propósito, y un día apareció la idea de crear un partido nacional de tipo nuevo. Se llamó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), pero lo curioso fue que apareció este Partido sin consultar con nadie. Si aspiraba a ser un instrumento de todos los revolucionarios era natural que deberían haber sido consultados muchos de ellos, sobre todo los hombres con mayor influencia en el país; pero las cosas no ocurrieron así. Calles acordó la creación del PNR y, más todavía, se resolvió, por un acto del poder público, que se iba a descontar un día de salario a los empleados públicos —cada mes— para sostener el Partido. Naturalmente los empleados públicos protestaron, no abiertamente porque no se atrevieron a ello; pero el hecho de que se descontara una parte de su sueldo para mantener un partido, cuyo origen no había sido discutido con nadie, provocó en ellos un disgusto perfectamente justificado. Tuvo una virtud, sin embargo, ese PNR: que disolvió automáticamente todos los partidos que había en el país, menos el PLM.

El Congreso había designado al licenciado Emilio Portes Gil como Presidente provisional de la República Mexicana, porque el general Álvaro Obregón fue muerto en su calidad de Presidente electo de México. Es incuestionable que a Portes Gil se le designó jefe del gobierno por una indicación de Calles. Pasando los años, Portes Gil ha dicho que fue electo por el Congreso, en virtud de sus vínculos con numerosos diputados y sus relaciones con algunos gobernadores y jefes militares. No descarto el hecho de que este factor haya tenido algún valor en su denominación, pero suponer que el Congreso hubiera podido designar a alguien en contra del Jefe Máximo de la Revolución es un acto de ingenuidad. Por eso se puede decir que, en realidad, el general Calles designó al licenciado Portes Gil Presidente de la